



TOSCA

*Imperio
Argentina*

*Michel
Simon*

*Rossano
Braschi*



Joie de Battre gurguize

99

Ediciones Bistagne

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

T O S C A

Maravillosa superproducción,
según el universalmente conocido tema

Dirección:

CARLO KOCH

Producción:

SCALERA FILM

Exclusiva



por la Bistagne

PRINCIPALES INTERPRETES:

IMPERIO ARGENTINA

MICHEL SIMON

ROSSANO BRAZZI,

JUAN CALVO

NICOLAS D. PERCHICOT

ADRIANO RIMOLDI

CARLA CANDIANI

MIGUEL S. DEL CASTILLO

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne *

VDA. J. FERRER COLL - VALENCIA, 197 - BARCELONA

T O S C A

Argumento de la película

CAPITULO PRIMERO

Un bello amanecer el de Roma el 17 de junio del año 1800...

Bello amanecer, inocente y cándido, pulcro y suave, como si no tuviera conciencia de las leyes inexorables de la vida: el nacer y el morir... la alegría y la pena... el goce y el dolor... el llorar y el reír... y sonriera a todos con su apacible sonrisa de niño que está en la cuna plácidamente dormido, como si todos fueran dichosos, como si el Destino no guardara su múltiple diversidad de dones, favorables o adversos, para cada uno de los mortales que en aquel bello amanecer del 17 de junio del año 1800 habitaban la Roma turbulenta y sombría, la Roma llena de peligros y amenazas, de conspiraciones y de traición...

La población romana, que andaba en-

tre revueltas y algaradas, presionada fuertemente por la policía, recibió aquella mañana perfumada y tibia del comienzo del verano, una noticia que hizo sonreír a las personas de orden: el triunfo de la batalla de Marengo de las armas austriacas sobre las francesas.

Rayaba apenas la aurora cuando ya del palacio Farnesio, residencia real de Su Majestad Maria Carolina, salía un oficial con su escolta de guardias, todos ellos a caballo, emprendiendo un galope rápido que hacía grato el azotar de la brisa mañanera sobre sus rostros, y se dirigían al castillo de Sant'Angelo—del Santo Angel—para dar la buena nueva al prefecto de policía: la nueva del gran triunfo de Marengo.

El puente que se tendía frente al po-

lacio Farnesin, completamente desierto a aquellas horas, daba un eco espantoso, que se perdía en la inutilidad del aire de la mañana, al violento chocar de los cascos de los caballos sobre el duro suelo.

El centinela de guardia en la puerta del castillo dejó pasar tranquilamente a la embajada real, sin conceder ninguna importancia a aquella visita, acostumbrado como estaba a las continuas entradas y salidas de la guardia real en aquel castillo, fortaleza y cárcel... también muchas veces de los patriotas que no estaban conformes con las ideas imperantes impuestas por el Gobierno de Su Majestad, de los impíos revolucionarios que se rebelaban contra el Gobierno y, sobre todo, contra aquel funesto prefecto de policía, el barón de Scarpia, que habitaba el castillo de Santángelo para vigilar más de cerca a los desdichados que allí cumplían una pena o esperaban una sentencia.

El oficial y su escolta apearonse en el patio de caballos, dejando éstos al cuidado de un soldado, y los emisarios de Su Majestad la reina ascendieron por la escalera central de la fortaleza.

Dieron el santó y seña, pasando al interior y, en la primera galería, se cruzaron con un pelotón armado que conducía al conde de Palmieri, un patriota, un revolucionario, un insurrecto, apresado por las huestes de Scar-

pia y que era conducido al patio para que se cumpliera la última pena impuesta por las incuestionables leyes del tiempo.

El capitán Espoleta, que dirigía el pelotón, inspeccionó el grupo con su mirada dura y fría, como si con ella quisiera rubricar la sentencia que pronto iba a cumplirse.

Al cruzarse con los que llegaban, los dos oficiales se saludaron militarmente.

En la puerta de las habitaciones del barón de Scarpia les salió al paso su ayuda de cámara, y el oficial que venía del palacio Farnesin le dio la orden tajante, descuido de liquidar cuanto antes su misión:

—Anúnciame al prefecto de policía.

El criado, temiendo molestar a su señor en aquella hora temprana de la mañana, intentó algunas disculpas:

—El barón de Scarpia... duerme...

—¡Servicio de la reina! —dijo el oficial con voz más imperativa.

Etonces les franqueó la entrada con una reverencia.

Aquellas voces habían despertado al barón y, aunque no pudo salir a recibir al oficial, le demostró que estaba atento a lo que se le mandaba.

—Siempre a las órdenes de Su Majestad... ¿Qué sucede? —preguntó al oficial, que había penetrado en su cámara.

—Que los nuestros han derrotado a

los franceses en Marengo... Bonaparte huye...

Scarpia, absorto por sus preocupaciones en Roma, no seguía el curso de la guerra y recibió la noticia sin darle importancia, como si no alcanzara el significado que en la política de su país pudiera tener aquel acontecimiento. Y aun preguntó ingenuamente por dónde se hallaba Marengo.

—No sé... debe ser por allá, por Milán—replicó el oficial, quien, al parecer tampoco tenía localizando el lugar de tan señalada batalla—. Su Majestad—agregó—desea que esta victoria sea festejada como se debe por el pueblo romano.

El barón sonrió, comprendiendo y sintiendo al propio tiempo, y saltó del lecho para proceder a su larga y complicada *toilette* matutina.

El lugar de las ejecuciones era la plataforma del castillo de Santángelo, desde donde se dominaba toda la campiña romana regada por el Tíber, que corría como una cinta de plata en su curso constante y lento, imperturbable y tranquilo, yendo a perderse en el mar, como corre la vida a través de los siglos, para perderse en la infinitud del tiempo.

En la plataforma esperaban al pelotón de ejecución que conducía al conde de Palmieri, el religioso que había de asistir a éste en el último trance y ocho penitentes encapuchados que ve-

nían a cumplir su misión de recoger el cadáver y darle sepultura.

Se acercaba el momento definitivo. Palmieri estaba un poco pálido, pero sereno, con la serenidad del justo y del valiente que no tiene miedo al más allá impenetrable. La luz incierta del amanecer ponía gases de sombra en torno a los personajes de aquella escena patética y, para que fuera como un faro de guía, prendieron los verdugos en el pecho del conde, a la altura del corazón, una linterna que había de servir de blanco a la descarga final.

Desgarró el silencio del aire el sonido metálico de la trompeta de órdenes y el "¡Viva la República!" lanzado por la voz clara y potente del conde, que mantenía hasta el último instante la prestancia de su ideal, quedó apagado por la voz de mando de:

—¡Fuego!...

Una descarga cerrada hizo saltar en pedruzcos la linterna que el conde de Palmieri tenía en el pecho, y éste se desplomó con el ruido sordo de un cuerpo que cae sin vida.

Seguidamente recibió el tiro de gracia y atronó el espacio de nuevo el clarín de órdenes militares.

El capitán Espoleta se aproximó al yacente para constatar su muerte, y el oficial a cuyo mando estaba el pelotón de ejecución, sacó su antiguo reloj de chapa para comprobar la hora, que más tarde había de indicar en su parte.

Transcurridos breves instantes, cuadrado y rígido, anunció fríamente el cumplimiento de aquel servicio:

—¡Mi coronel! Tengo el honor de informar a usía que hoy, 17 de junio de 1800, a las cinco de la mañana, el conde José Antonio María Palmieri, caballero romano, ha sido ajusticiado en la plataforma del castillo del Santo Angel, por delito de ideas contrarias al Estado.

Los encapuchados penitentes alzaron al cielo su mirada y contemplaron lo infinito a través de las alas del enorme ángel de piedra que remata el cuerpo arquitectónico del edificio misterioso y sombrío, y tras aquella breve y muda oración por el alma del que acababa de morir, se ocuparon del cadáver, en tanto los soldados se alejaban, enfilando el pasillo que conduce a la galería circular, como una estampa de aviso y arrepentimiento para los demás presos.

Fapoleta quedó revisando las celdas brevemente, se detuvo un instante junto a una de ellas, en la que trabajaban cuatro berreros, y luego se alejó con peso firme.

Cuando sus pasos se perdieron en el fondo del pasillo, el carcelero abrió la puerta de una celda y penetró en ella con dos de los obreros, mientras los otros dos quedaban en el pasillo, espionando cualquier contingencia comprometedora que pudiera surgir y ma-

lograr la empresa que se habían propuesto llevar a cabo.

La celda donde habían penetrado el carcelero y los dos obreros estaba ocupada por el conde de Angelotti, uno de los más ardientes defensores en Nápoles de la vecina república partenopea, caído en las redes del espionaje terrible de Scarpia y cuya evasión se intentaba acometer valientemente por aquel grupo de amigos y fieles republicanos.

Angelotti se puso en pie al verles entrar; estaba prevenido y se apresuró a vestirse la ropa de obrero que le entregaron en silencio, vistiéndolo con las ropas que él llevaba al carcelero, que era quien favorecía la fuga del preso y que se tumbó en su camastro, diciendo:

—Y ahora stadm, stadm fuerte, para que mi responsabilidad quede a salvo.

Los obreros le mandaron y amordazaron concienzudamente.

—¡Más fuerte!... ¡Aprieta más aún! —demandaba Trebelli, el carcelero, temiendo que la falta de realidad pudiera comprometerle.

Terminado rápidamente aquel simulacro, le colaron la capa de Angelotti, saliendo y cerrando de nuevo la celda con mucho sigilo.

El grupo de obreros se detuvo un momento ante la puerta, al ver llegar el pelotón de ronda, formado por cuatro

soldados y un cabo y después siguieron adelante con naturalidad, llevando cada uno su paquete de herramientas.

El cabo miró por el ventanillo de la celda y, al ver un balto que ligeramente se agitaba sobre el camastro, siguió su camino.

—Y Angelotti, ¿qué hace? — preguntó uno de los soldados.

—Duerme—respondió el cabo.

Los cuatro obreros y Angelotti atravesaron el patio interior a buen paso. Un sargento se interpuso en su camino y les preguntó:

—¿Ya habéis concluido de trabajar?

Desaparecido el momento de inquietud que aquella parada les produjo, respondió uno de los obreros:

—No; no nos han dado los barrotes de hierro para la celda que estamos reparando. Mañana volveremos.

El sargento hizo un gesto vago y se despidió de ellos:

—Bien, pues, hasta mañana.

Los obreros, pasado aquel peligro, siguieron caminando y bajaron por la escalera privada, buscando directamente el portón de salida. Era grave el riesgo que corrían y precisaba salir lo antes posible del castillo si querían ver su empresa terminada felizmente.

Para salir al patio había que cruzar un cuerpo de guardia formado por cuatro hombres al mando de un sargento, pero como no les notaron ninguna actitud recelosa, antes al contrario, pare-

cían alegres, comentando un hecho de guerra, siguieron su camino sin preocuparse de ellos.

Habían podido escuchar claramente la conversación mientras cruzaban frente al cuerpo de guardia.

—Sargento, ¿es verdad que ha habido una gran victoria en Lombardía?—preguntaba uno de los soldados.

—Sí—replicó el aludido—. Parece que hemos derrotado a Bonaparte — y puso en aquella frase tal orgullo, que parecía haber sido él personalmente quien ganara la batalla.

Los obreros se alejaron, siempre silenciosos, después de haber exhibido el salvoconducto de entrada al sargento, que lo había mirado distraidamente, atento a la conversación guerrera que ocupaba en aquel momento toda su atención.

Se había salvado un nuevo escollo; pero, naturalmente, les faltaba el más peligroso: el de la puerta principal de salida, donde el contingente de fuerza era más numeroso y la vigilancia más estrecha.

Contaban a su favor con la resquebrajada disciplina de los soldados por el triunfo de las armas austríacas, cuya noticia, avanzada ya el día, había corrido por todas partes como reguero de pólvora.

Los obreros habían dudado de ella al escucharla de labios del sargento en el patio interior, pero ahora, ante la guar-

día de la puerta principal, se convencieron de la realidad del hecho, pues tanto el sargento como los soldados, con fuertes risotadas, se entregaban a la bebida para celebrar aquel extraordinario triunfo.

El sargento levantaba su copa entusiasmada, diciendo:

—¡Brindo por la victoria!... ¡Por la victoria de Marengo!

—Y por la muerte de Bonaparte! —agregó un soldado.

El sargento corroboró aquellas palabras:

—¡Oh!... A ese pahrreillo ya le tenemos desahuciado.

Iban los obreros a avanzar, cuando un nuevo obstáculo se interpuso en su camino: la salida de los ocho penitentes que llevaban en la camilla el cadáver del conde de Palmieri.

Cedieron los obreros el paso al grupo tétrico de los penitentes y el cadáver, y Angelotti, sin poder reprimir un gesto de rabia y rebeldía, murmuró, dirigiéndose a sus compañeros:

—¡Palmieri!...

Con la mirada y el gesto le imponían silencio y prudencia, y siguieron detrás de los encapuchados, esperando salir con ellos sin dificultad.

El cabo de guardia echó una mirada al ajusticiado, y luego contó a los penitentes:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... ¡Pasad!—dijo.

Después se puso a contar a los obreros:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco... ¿Erais cinco también cuando habéis entrado? —preguntó, mirán­doles fijamente.

—¡Sí! Nos ha contado el sargento —contestó uno de los obreros señalando al aludido.

El cabo quiso entorpecerle de ello.

—Sargento, ¿eran cinco?

El jefe de la fuerza titubeó por un momento, como si no recordara bien, pero asintió:

—Sí, sí; eran cinco.

Y, sin dar mayor importancia a la interrupción, siguió bebiendo y brindando por la victoria de Marengo.

El cabo hizo un gesto dubitativo, pero abrió la pesada puerta de hierro, dando salida a los obreros.

El sargento, con los codos apoyados en la mesa del cuerpo de guardia, continuaba enfervorizando su entusiasmo con gritos de:

—¡Viva la reina!... ¡Mueran los republicanos!...

El cabo se acercó a él, exponiendo de nuevo sus sospechas:

—A mí me parece que sólo eran cuatro cuando han entrado...

Pero el sargento no le hizo caso, porque en aquel momento vaciaba su copa de vino con un gorguteco plebeyo y repugnante.

Ya fuera del castillo de Santángelo

y cuando parecía lo más lógico huir en carrera desenfrenada de aquel lugar de peligro y de horror, Angelotti, como si le hubieran clavado en el suelo, permanecía inmóvil, sin acertar a separar los ojos del cortejo fúnebre del conde de Palmieri.

Sobre una camilla, los penitentes habían colocado el cadáver y empujaban de ella, acompañándose de sus rezos monótonos y tristes.

El cortejo mortuario siguió su camino, mientras los obreros, cogiendo del brazo a Angelotti y rodeándole como en acto de defensa, le instaron:

—¡Vamos!... ¡De prisa! ¡Ven!

Inconscientemente, les siguió, alejándose los cinco de aquella mole sombría y sétrica del castillo de Santángelo, que se destacaba como una mancha oscura sobre el cielo de un azul nítido e inocente.

CAPÍTULO II

Los fingidos obreros se internaron por el dedalo de callejuelas próximas al castillo, y al filo de una de ellas vieron un coche parado, al que fueron acercándose con las naturales precauciones; y no porque fuera inusitado el tránsito de viandantes, pues sólo algunas lavanderas trañaban por aquellos contornos, sino para certiorarse plenamente de que el coche era, conforme a lo convenido, el que esperaba al fugitivo.

La marquesa de Attavanti, hermana de César Angelotti y quien había planeado todos los preparativos de fuga de su hermano, esperaba en el coche

con el corazón sobresaltado por la inquietud y la angustia. Cuando vió acercarse el grupo, abrió disimuladamente la portezuela, y César Angelotti, después de haber dado una muda mirada de reconocimiento a los que hasta allí le habían acompañado, exponiéndose a tan terrible riesgo, saltó con ligereza al coche, que arrancó inmediatamente, con la ligereza que permitían aquellas callejas estrechas y tortuosas.

Los dos hermanos se abrazaron con extraordinaria emoción, sin cambiar una palabra, como si todavía temieran ser oídos por algún espía.

Si algún transeúnte curioso hubiera

podido captar la escena de ternura que se desarrollaba en el interior del coche, no hubiera dejado de asombrarse ante la notable diferencia en el atuendo de ambos personajes, pues a la pobre ropa de obrero que vestía el hombre se oponían el boato, las finas telas y pieles y la elegancia innata de la dama.

—¡Gracias, hermana mía, gracias!— murmuró César cuando la congoja y el llanto que le oprimían la garganta le permitieron articular algunas palabras.

La marquesa, sin contestar, estrechó sobre su corazón, con indecible ternura, la cabeza de su hermano; pero pensando de nuevo en el peligro que corrían, instigó al cochero para que fustigara a los caballos, que iban, para sus ansias, excesivamente despacio.

Pudo el cochero cumplir la orden, pues ya habían desembocado en una amplia plaza y pudieron adentrarse por calles amplias y avenidas magníficas, por las que los caballos, sintiéndose dominados solamente por las riendas, galoparon como llevados por el viento.

Se encaminaba el coche hacia la muralla, buscando la salida de la ciudad por la puerta de San Sebastián; pero en cuanto dejaron los barrios urbanos, tuvieron los caballos que retardar su marcha ante los obstáculos que se interponían en su camino: trujinantes, mercaderes, carros de campesinos, viandantes que entraban o salían de la ciudad yendo al mercado o viniendo de él,

rebaños de bueyes, acémilas cargadas de canastas, todo el bullir, en fin, propio de aquellas horas de la mañana, en que la gente se afanaba en torno a la puerta que había permanecido cerrada hasta avanzada hora.

Cuando los ocupantes del coche vieron a lo lejos la silueta de la puerta, la marquesa, con un suspiro que parecía un batir de alas lleno de esperanza, murmuró:

—¡Ya llegamos!... ¡La puerta de San Sebastián!

Distinguióse, en efecto, todo el conglomerado que sobre la puerta arrojaba la arteria principal que venía a desembocar en ella: campesinos de ancho chambergo, gente de la burguesía que hacía sus compras al por mayor, coches y carretelas, carros y peatones, y todos se detenían ante la guardia de servicio uniformada, con su corteje huido que reducía al sol, exhibiendo los salvoconductos y el "dejad pasar" de que iba cada uno provisto y sin los cuales era imposible el acceso o salida de la ciudad.

Todavía les faltaban un centinar de metros para llegar a la anhelada puerta a los fugitivos, cuando un rebaño de ovejas se puso ante el coche, entorpeciendo de tal forma su marcha, que el cochero se vió obligado a hacer detener a los caballos.

En aquel momento se oyó el fuerte estampido de un cañonazo y en torno

a la puerta de San Sebastián hubo un momento de confusión.

—¡Señal de alarma!—gritó un soldado.

Y, apartando a la multitud que pugnaba por salir, la guardia se aprestó a cerrar el portón, respondiendo así a la señal dada por el cañón del castillo de Santángelo, que anunciaba con su fatídico estampido que había sido descubierta la fuga de Angelotti.

La marquesa lo comprendió así, y, anonadada por la inutilidad de sus esfuerzos por salvar la vida de su hermano, lo tomó las manos con miedo y le dijo con vehemencia:

—¡Estamos perdidos!

—No—replicó el fugitivo, pretendiendo tranquilizarla—. Intentaré llegar hasta la iglesia de San Andrés... Puedo esconderme en nuestra capilla... Te espero allí.

Y, tras un beso rápido a las blancas manos que le tenían ligeramente prisionado, se apeó del coche, mezclándose entre la multitud.

La fuga de Angelotti había sido descubierta por el mismo rondín que, sin darse cuenta, le había visto salir en compañía de los demás obreros. Al volver a hacer la ronda, el cabo miró de nuevo a través del ventanillo de la celda de Angelotti, y ello atrajo la curiosidad de algunos soldados.

—¿Qué sucede?—preguntó uno de ellos.

El cabo hizo un vago movimiento de cabeza, como indicando con ello que la cosa carecía de importancia, y continuó la ronda.

—Angelotti sigue todavía acostado. Otros días, a estas horas, está ya de pie y pasea...—murmuró el carcelero de turno, que se había acercado al rondín y había mirado a través de la rejilla.

Y, buscando en su llavero la llave correspondiente a aquella celda, abrió la puerta haciendo unos guiños maliciosos, mientras se acercaba al camastro del prisionero.

Una expresión de asombro se reflejó en sus facciones al descubrir, tumbado en el camastro, maniatado y amordazado, a su compañero Trebelli. Y dió la voz de alarma.

Apercibido un soldado y, comprobado aquel hecho inusitado, salió corriendo en busca del rondín, que seguía haciendo su visita de inspección en torno a la galería.

Dió el aviso al cabo y, por orden de éste, continuó su carrera hasta el patio general del castillo, donde, en el cuerpo de guardia, avisó al oficial de lo que ocurría.

Destacó a dos sargentos para formalizar el atestado correspondiente, y él pasó al despacho del capitán Espoleta para darle cuenta del desagradable acontecimiento.

Se puso en conmoción toda el edi-

ficio a las voces y gestos descompuestos del capitán; se formaron las patrullas de investigación, saliendo más de veinte jinetes en todas direcciones, y los sargentos asumiéron personalmente el cuidado de los servicios.

A los pocos minutos, el cañón de avisos, con su seco estampido, decía a la ciudad romana que de la fortaleza invulnerable se había fugado un preso.

* * *

La súbita orden de cerrar la ciudad y prohibir la entrada y salida de los pacíficos ciudadanos, había levantado una nube de protestas.

—¡Yo tengo precisión de salir! — exclamaba uno,

—A mí me esperan en el pueblo — exclamaba otro.

—Debo visitar a un enfermo grave — añadía un tercero.

A los guardias les costó no poco trabajo contener la avalancha de la multitud y establecer un poco de orden.

En aquel momento llegó a galope uno de los jinetes que salieron del castillo de Santángelo para dar la voz de alarma por toda la ciudad y vigilar la dirección que hubiera podido tomar el fugitivo. Llegóse al sargento, le entregó un papel, saludó militarmente y, haciendo dar al caballo una media vuelta perfecta y briciosa, regresó, siempre a galope, en dirección a la ciudad.

El sargento, cuando hubo leído la

orden, se dirigió al grupo de coches y comenzó un concienzudo examen, empezando por el de la marquesa, que era el que más próximo se encontraba a la salida.

Abrió bruscamente la portezuela y escudriñó el interior.

—¿Qué hay? — preguntó con voz suave la marquesa, conteniendo los latidos de su corazón y el temblor de sus manos.

El sargento, después de convenirse de que nadie más que la dama estaba en el interior del coche y mirando al cochero con firmeza, por si fuera el inculcado, comenzó a detallar los antecedentes que le habían sido facilitados.

—...un joven moreno, de unos veinticinco años, ocho pies de estatura, nariz regular, frente regular...

—No era el cochero, porque éste era fuerte y macizo y, además, viejo!

—¿A quién buscáis? — preguntó la marquesa de Attavanti, dando a su entonación un ingenuo interés de colegiala.

—A un preso que se ha fugado del castillo de Santángelo — respondió el sargento.

—¡Ah! — murmuró la dama.

Y éste fué el único comentario que hizo, con un gesto de gravedad y de preocupación, mientras cerraba la portezuela.

César Angelotti, en aquel momento, mezclado con el rebaño de ovejas y los

pastores, aprovechando el tumulto de la multitud que no había podido salir de Roma y volvía a ella contrariada y sombría, se encaminaba hacia la ciu-

dad, y de tiempo en tiempo volvía la cabeza para lanzar, de soslayo, una mirada al coche que acababa de abandonar.

CAPÍTULO III

La habitación particular del barón de Scarpia en el castillo de Santángelo era toda ella una nube de polvo, de un polvo blanco, fino, casi imaterial, perfumado y suave... El señor barón se estaba haciendo empolvar la peluca.

Se veían diseminados aquí y allá los esmeros de *toilette*, mientras el peluquero y el ayuda de cámara se afanaban en torno al señor barón.

Tenía Scarpia, para poder respirar mejor y librarse de la nube de polvo, un embudo delante del rostro, mientras los servidores ponían el mayor cuidado en llevar a cabo y a la perfección aquella obra de arte que constituía la *toilette* diaria del barón.

Un lacayo, parado a pie firme, encuadrado, esperaba las órdenes del prefecto y estaba pronto a cumplirlas rápidamente en cuanto el señor barón despegase los labios para enunciarlas.

—Manda entrar al secretario — or-

denó de pronto, a través del tubo que ponía en su voz un acento cavernoso y terrible.

El lacayo salió a cumplir la orden y a los pocos momentos Schiavroni, el secretario, con su gran carpeta bajo el brazo y en actitud servil, se presentaba ante el barón.

Scarpia, lacónicamente, indagó:

—¿Novedades?

—Nada, señor barón — respondió el secretario con acento desalentado—. Hemos detenido todos los coches que pretendían salir de Roma e incluso otros muchos que únicamente pasaban por la ciudad... Todo sin resultado... Se encontró una persona cuyas señas respondían a las de Angelotti; iba agazapada en el fondo del coche, como si hubiera las miradas extrañas... Se la detuvo creyendo haber hallado al insurrecto... pero resultó ser uno de los príncipes de Barberini, que salía de casa de su aman-

te... Tomó a mal la cosa y ha amenazado con protestar ante Su Majestad y pedir que nos llamen al orden... pues califica de atropello lo que con él se ha hecho...

Scarpia no contestó en seguida. Los servidores acababan su labor; la peluca estaba perfecta: empolvados los rizos, de una blancura imaculada, peinados con cuidadoso esmero, ligados con gracia por la cinta de seda negra que hacía resaltar todavía más la nitidez del peinado; y ahora se apresuraban a disipar la nube de polvo que rodeaba al barón y que les impedía a todas respirar con libertad.

El prefecto dejó a un lado el empujón y, con calma perfecta, siguiendo el hilo de sus pensamientos, que no habían sido interrumpidos ni un instante por la atención que dedicaba al arreglo de su persona, preguntó:

—Angelotti... ¿tiene amante?

—No; por lo menos que se sepa—respondió Schiarrone.

El prefecto de policía reflexionó por unos momentos.

—Su hermana, la marquesa de Attavanti, ¿está en Roma?—volvió a preguntar.

—Sí, señor barón.

Sonrió con una sonrisa maquiavélica y dijo, gozando de antemano con el triunfo que esperaba obtener de las pesquisas dirigidas por él mismo:

—Los dos hermanos se quieren mu-

cho... Registrad el palacio de la Attavanti.

La orden, concreta y tajante, dejó en suspenso el ánimo de Schiarrone.

—Señor barón—dijo con firmeza—, me permito recordarle que el marqués de Attavanti es amigo personal de Su Majestad... Una visita nuestra así, tan... tan inusitada..., podría producir un efecto deplorabile...

Scarpia, que observaba en el espejo atentamente el efecto de su peluca, dijo a sus criados:

—Así está bien...

Y se puso en pie para que el ayuda de cámara le quitara la hata y le vistiera el traje de seda y encajes que debía realzar más su elegancia de hombre a la moda.

Luego, siguiendo la conversación, se dirigió a su secretario y le dijo, siempre con calma perfecta, como si todo lo tuviera pesado y medido de antemano y no se fiara nunca de improvisaciones:

—El marqués de Attavanti es amigo de Su Majestad... pero, por desgracia, tiene un cuñado rebelde... ¡Todo se paga, amigo, todo se paga!

Se dirigió con su paso armónico hacia la puerta de la antecámara, pero todavía se volvió a su secretario y comentó con sarcasmo:

—¡Y todo por la hermanita!... Ahora veamos la lista de amigos de Ange-

Iotti... Dame la relación de rebeldes que figura en nuestros archivos.

En la antecala esperaban los oficiales que, al ver entrar al prefecto, saludaron militarmente, cuadrándose ante él.

El prefecto respondió al saludo y se sentó ante la mesa, donde tenía preparado el desayuno, disponiéndose a absorber el chocolate con algunos dulces que le presentaba su ayuda de cámara y que era el desayuno favorito del señor barón.

Schiarrone le entregó la lista de sospechosos que había pedido.

El barón de Scarpia comenzó a leerla lentamente, preguntando por aquellas que no recordaba con todo detalle, por aquellos a quienes su memoria privilegiada no había conseguido retener con bastante firmeza para poder juzgar ahora.

—El príncipe de Borghese...

—Está en Génova, con los franceses... y esperemos que se quede allí para siempre—replicó Schiarrone.

—El caballero Boggiani Pico, cabecilla de la República Partenopea... ¿Está en prisión, verdad?

—Sí, en Nápoles.

—Nos queda Mario Cavasdonei, el artista, el pintor... —murmuró Scarpia en tono lento, como si aquel nombre evocara todo un mundo de ideas en aquella mente perversa y mordaz del prefecto.

Schiarrone subrayó, con una sonrisa de seguridad:

—¡Oh, se ha calmado ya!... Ahora sólo piensa en sus amores con Tosca, la gran cantante de moda...

Scarpia contestó enigmáticamente, siempre con lentitud, como si fuera paladeando sus ideas perversas:

—La sé... lo sé muy bien...

Y añadió, dirigiéndose a su criado, malhumorado al recordar lleno de celos los amores de Tosca y Mario:

—Antonio, la carroza. Salgo ahora mismo...

Se puso en pie, saludaron de nuevo militarmente los oficiales, y Scarpia, sin dejar de pensar en todo su plan tenebroso y perverso, salió de la habitación sacudiéndose ligeramente los bolsillos de su pechera, en los que habían quedado prendidas pequeñas briznas de bizcocho.

CAPÍTULO IV

César Angelotti había caminado por el vericampo de calles mezclando a los pastores y al rebaño, a los que se ha-

bía unido al saltar del coche; pero al llegar a una gran plaza donde rebaños y pastor iban a tomar una dirección

que no convenia al fugitivo, aprovechó la oportunidad de que cruzaba por ella un grupo de obreros y se unió a ellos para que así, la indumentaria que había vestido para huir de la cárcel, le identificara más con ellos y no levantara suspicacias ni recelos.

Iba un poco a la deriva, siguiendo a aquel grupo providencial, procurando no despertar la sospecha de los obreros y pasar, al propio tiempo, inadvertido a los ojos de los transeúntes, entre los que podría haber alguien que le reconociera y le denunciara.

En una calle, Angelotti pasó al lado de un vehículo que los policías registraban, y pudo escuchar las protestas enérgicas con que se defendía el joven que iba en él y que tenía un leve parecido con Angelotti, como éste comprobó con una melancólica sonrisa.

En otra calle, los esbirros, apostados a un lado y otro de las aceras, observaban fijamente a todos cuantos viandantes cruzaban por ellas.

César se dió perfecta cuenta de que todo el poder represivo de la policía estaba sobre sus pasos; comprendió lo arriesgada y difícil de su fuga, y, para no ser visto, para no llamar la atención de nadie, viendo que los obreros con quienes iba entraban en una taberna, se refugió en ella también, como uno más, como si no tuviera prisa en esconderse, como si le quedara tiempo sobrado para huir de sus perseguidores,

que iban estrechando en torno suyo un cerco cada vez más duro.

En la taberna había sentado cátedra un sargento viejo y parlanchín, que hablaba muy excitado.

—¿Y vosotros creéis que Melás ha podido vencer a Bonaparte?—gritaba.

El general Melás era, en aquellas horas, el héroe nacional.

—Le conozco bien a Melás —según decía el sargento—. He sido asistente suyo... y me ha zurrado de lo lindo más de una vez... Pero, creedme, que me zurrase a mí era una cosa... ¡pero zurrar a Bonaparte! ¡Eso ya son ligos de otro costal!

Angelotti, viendo que los esbirros se habían alejado de aquel lugar y seguro de que nadie le observaba, pues todos estaban pendientes de la palabra del sargento y de sus buenos vasos de vino, salió de la taberna.

Aun llegaron a sus oídos las palabras del sargento:

—¡Será Bonaparte quien los derrote a todos!... ¡Creedme a mí!... ¡A todos! ¡Así!—e hizo un gesto como si quisiera despachurrar a todo bicho viviente. —Además, Melás es demasiado viejo, y yo no tengo confianza en los viejos, eso es, no tengo confianza!

César caminó rápido, pegado a las paredes de las casas, con el rostro hundido en el pecho.

Por fin, por fin, llegó a la iglesia de San Andrés, en el Quirinal, donde la

familia Angelotti tenía su capilla particular, y penetró en la gran iglesia antes de que cruzara la puerta un pelotón de polizontes que había visto avanzar, librándose así de un nuevo peligro.

En la nave del solitario templo reinaba un angustioso silencio, y Angelotti se encaminó con paso seguro a la capilla de sus antepasados. La verja estaba cerrada, pero supo encontrar la llave, oculta en un saliente de la pared; abrió con cuidado, contempló por un

momento el escudo de armas de los Angelotti; entró en la capilla y entornó de nuevo la pesada puerta de hierro, sin pasar la llave, que volvió a dejar escondida en su sitio, y entonces fué a buscar refugio tras el altar.

En aquel tiempo, la iglesia era un refugio seguro para los fugitivos políticos, porque era lugar sagrado...

Sagrado, cuando no se llamaba harón de Scarpia el prefecto de policía de la ciudad.

CAPÍTULO V

La carroza se detuvo ante la casa que habitaba la mujer célebre, la cantante admirada y bellísima, amante de Mario Cavaradosi y amada por el todo Roma que se preciaba de buen gusto... Tosca.

Descendió el harón de Scarpia y se quedó mirando a un grupo de mujeres que, en una terraza próxima, tendían ropa al sol para que se secara.

La doncella de Floria, que éste era el nombre de pila de la celeberrima cantante, se acercó al caballero y le preguntó con amabilidad:

—¿Qué desea el señor?

—¿La señorita Tosca? — preguntó a su vez el harón.

—Voy a avisarla, señor harón—replicó la doncella, que había reconocido en seguida al visitante—. La señorita está estudiando.

Penetraron los dos en la casa y el prefecto quedó esperando. Por la puerta que la doncella había dejado abierta, se escapaban los sonos de un clavicordio, tocado por una mano suave y sabia, que sabía arrancarle bellas melodías. Scarpia escuchó, mientras curiosaba por los grandes ventanales con un aire despreocupado, como si la razón que le llevaba a aquella casa no fuera más que una visita trivial de cortesía de un hombre poderoso a una mujer bonita...

—Si el señor quiere pasar —murmuró la doncella, que vino a encarle de su abstracción.

El barón la siguió hasta un saloncito coquetón y elegante, al fondo del cual se divisaba una gran pajarera llena de pájaros de todas clases y colores.

Tosca, sentada ante el clavicordio, leía una partitura, cantándola a media voz.

—Buenos días, diva... ¿Es la cantata de la victoria?—dijo el barón de Scarpia adelantándose hacia la joven.

—Buenos días, barón—contestó Tosca, sonriendo con una sonrisa que le iluminaba todo el rostro al descubrir la blancura inmaculada de una dentadura perfecta—. Páisielo me la acaba de traer y pretendo que la cante esta misma noche ante la reina... Habrá que ensayar todo el día, preparar los coros, pulir los conjuntos... En fin, es imposible, es absurdo, es una verdadera locura...

Tosca, como si no sintiera interés ninguno por la visita del egregio visitante, siguió diciendo la partitura que la preocupaba en aquel momento.

Scarpia dió unas vueltas por la habitación y, volviendo al abordaje, dijo a la cantante:

—Ayer la vi...

—¿Dónde?—preguntó Tosca casi sin interrumpir su cantata,

—En la Plaza de España... Estaba usted comprando flores.

Ahora se interrumpió la diva, miró a Scarpia con una mirada de fina ironía y preguntó en un tono que encerraba en su ingenuidad toda un mundo de maliciosa intención:

—¿Es que está prohibido comprar flores?

El prefecto se sonrió, como si no fuera para él aquel golpe florentino, y exclamó en perfecta calma:

—¡Oh, no!... Iba usted acompañada de Mario Cavaradossi... También la vi el lunes... en la "Quattro Fontane", siempre con él...

—¿Y para hacerme una escena de celos viene a verme tan temprano esta mañana?—preguntó Tosca con la sonrisa en los labios, pero con una sombría luz en su mirada oscura.

Scarpia bajó la cabeza asintiendo en silencio.

—¿Con qué derecho?—preguntóle Tosca abandonando el clavicordio y perdiendo el equilibrio de sus nervios ante aquel hombre que había poderoso, al que no quería temer y hacia el que, sin embargo, sentía una extraña repugnancia, un miedo instintivo, una aversión innata.

—Con el derecho que da el amor—contestó el barón, acercándose a ella con la mirada encendida por la pasión.
—¿Tosca, usted sabe que la amo?—

confesó, como un niño que se declara por primera vez a una mujer.

—Lo sé... Por desgracia, lo sé... y le ruego que no me hable de ello—suplicó Tosca con la voz alterada.

—Y yo venía a rogarle que habiáramos de ello precisamente—contestó el barón, que había conseguido dominar el ímpetu de su pasión y que iba derecha al camino que de antemano se trazara—. Si he venido a molestarla tan temprano, es en interés suyo, Tosca... Vengo a darle un consejo de amigo...

—¿Un consejo matutino?—dijo ella, burlona.

Y Scarpia aclaró:

—Un consejo sincero.

La doncella interrumpió en aquel instante la conversación, desde el interior de la pajarera, en la que había entrado para arreglar la comida de los pajarillos.

—¡Señora, señora!... —gritó como si acabara de descubrir algo de maravilla—. ¡El canario ha puesto un huevo!

—¡Habríase visto descaro! —rió la cantante con una risa fresca, juvenil, que parecía repiquetear con cascabeles.

—¿Es ese con una mancha gris?... Pues me lo vendieron por macho...

—¡Virgen santa!—siguió exclamando la doncella, que no salía de su asombro—. ¡Madre de mi corazón! ¡Cómo es posible!

Tosca fué a reunirse a la doncella y entró también en la jaula para comprobar la maravilla. Tomó en sus manos el diminuto huevo y lo examinó con gran interés, olvidándose o haciendo como que se olvidaba de su matutino visitante.

—Vamos a dejárselo, señorita... —murmuró la criada—. Que saque un pajarito ya que ha puesto un huevo... A menos que la madre se coma su propio huevo—comentó, en un monólogo soliloquio, propio de doncella.

Scarpia sintió que su posición era un tanto desairada. Había sido olvidado por completo a causa de aquel simple hecho; pero, no queriendo darse por vencido, reprimiendo su cólera, se acercó en perfecta calma a la jaula para llamar la atención de Tosca, que estaba afanadísima haciendo que el canario se estuviera quieto en su nido para dar calor a aquel huevecito diminuto, de juguete, del que podía salir—¡oh maravilla de la naturaleza!—un pajarillo cantador y alegre como los que volaban por la jaula.

La presencia del barón asustó al pajarito, que huyó de las manos de Tosca.

—¡Discúlpense, barón!—rió la diva, volviendo a su visitante—. Este huevo es un amontecimiento familiar...

—¡Los dulces alegrías hogareñas!—comentó el barón, sonriendo como persona superior que comprende todas las

debilidades humanas y todos los caprichos de una mujer hermosa.

Tosca se sentó con negligencia en un sillón, miró a Scarpia con aquellos ojos enormes, oscuros como una noche sin luna y que al propio tiempo fulguraban con el brillo de todas las estrellas del cielo.

—Hablabas antes de un consejo que venía a darme, señor barón... ¿Qué consejo es?—preguntó la cantante intrigada.

Scarpia sintió que empezaba a pisar terreno firme: había conseguido despertar la curiosidad de la mujer.

—Habrá usted oído esta mañana el estampido del cañón... —dijo el prefecto.

—Sí... El anuncio de que se había fugado un preso...

El prefecto inclinó la cabeza en señal de asentimiento y de responsabilidad.

—El conde de Angelotti — explicó. — ¡Un rebelde muy peligroso!... Pero no ha podido salir de Roma. Antes de mañana estará en nuestro poder... y será ajusticiado—concluyó.

Aquella fría seguridad horrorizó a la muchacha que, sin poderse contener, exclamó:

—¡Qué espanto!...

El esbirro "justiciero" se la quedó mirando fijamente y le preguntó, como si quisiera arrancarle el alma para des-

cubrir todos los secretos que en ella pudieran encerrarse:

—¿Compadeces a un miserable?

Tosca le respondió, sin inmutarse por aquella pregunta que era casi una amenaza:

—¡Ah, para mí, barón, un hombre que huye del patíbulo no es un miserable, es un desdichado!...

—Y... si llamara a su puerta, ¿le abriría usted?

La risa clara y segura de Floria fué el preludio de su afirmación, resuelta y valiente:

—¡En el acto!

El barón se batió en retirada hacia su último reducto, donde radicaba su mayor interés.

—Tosca—le dijo con una seriedad y en un tono que eran casi una orden tajante—, le aconsejo que renuncie a sus citas con el caballero Cavaradossi.

—¿Por qué?—preguntó Tosca sorprendida, sin comprender qué relación pudiera tener la fuga de Angelotti con sus relaciones amorosas con el pintor.

Scarpia le apuntó directamente al corazón con su amenaza:

—Es un jacobino... ¡Acabará como el otro!... ¡Y pudiera arrastrarla a usted en su caída!

—No le acuse sin motivo—replicó Tosca, pronta a la defensa de su amante, volviéndose en tono airado y sumbrío hacia el prefecto—. En cuanto alguien le molesta a usted, sea por el

motivo que sea, le acusa de jacobino... ¡Y eso hasta para justificarlo todo!

Se apoyó en el clavicordio y llevó a sus ojos el palmetito de encaje finísimo para velar la mirada de odio y de ira que se escapaba de sus negríssimas pupilas.

Callaron los dos un momento, midiendo sus propias fuerzas, aprestándose al ataque y a la defensa respectivos en aquel encuentro en que se jugaba una reñida batalla espiritual.

—¿Sabe usted lo que está haciendo en este momento con a quien usted acusa de jacobino?—preguntó Tosca, queriendo defender a su amante contra aquel hombre cuyo poder era omnipotente—. Está pintando un tema religioso... un fresco en la iglesia de San Andrés... Es una cosa magnífica, estupenda... ¡Le invito a que vaya a verlo!

—Iré... iré a verlo—murmuró Scarpia, satisfecho de su diplomacia, gozoso del resultado de sus investigaciones, pero dominando sus propios sentimientos, pronunció sus palabras como si dudara de la veracidad de lo que Tosca acababa de decirle.

—¿Le extraña?... ¿Lo pone usted en duda—inquirió ella.

—Sí, me extraña... Un jacobino metido a pintar de temas religiosos... ¡Hum!... Habrá que convencerse de ello... Si es cierto, hay que atribuir ese cambio de ideas a usted, a su benéfica influencia...

Llevada por la pasión que sentía por Mario, Floria se lanzó por un terreno resbaladizo, vidrioso, lleno de peligros que ella no acertó a ver.

—Además... ¡qué importa que le acusen!—exclamó con fuerza, alzando su cabecita llena de gracia—. Aunque fuese jacobino, republicano, bonapartista, aunque fuese... qué sé yo... lo que sea... ¡no le abandonaré jamás!

—Bien le ama, Floria—murmuró el barón con un falso sentimentalismo, a fin de preparar la segunda estocada en aquel juego de florete entablado entre el hombre perverso y la enfiada diva.

—Sí... ¡lo quiero! ¡Lo amo!... ¡Le adoro como a un dios!—afirmó ella con vehemencia.

Hubo una pequeña pausa embarazosa, tras aquella apasionada afirmación de la diva, pausa que interrumpió el prefecto para preguntar en tono indiferente, como si aquello no tuviera importancia para él y fuese sólo a título de curiosidad que hiciera aquella pregunta:

—En la iglesia de San Andrés es donde los Angelotti tienen su capilla particular, ¿no es verdad?

—¿Cómo quiere que lo sepa yo?—respondió Tosca encogiéndose de hombros—. Lo que puedo hacer es conducirle a usted a San Andrés. Voy yo allá ahora mismo.

Y como se diera cuenta de que esta-

ba haciendo tarde, pidió a su doncella Angela el vestido para salir.

Scarpia declinó la invitación. No le interesaba ir a San Andrés con aquel testigo que podría estropear sus planes. Era mucho mejor espiar de lejos... El zorro no se dejaría prender fácilmente en la trampa que pudiera tenderle aquella chiquilla.

Se despidió cortésmente de la diva, saludándola con una profunda inclinación.

—¡Hasta la vista, barón!—dijo Floria tendiéndole la mano—. Y le ruego que diga a sus esbirros que no me es-

pien cuando estoy con el caballero Cavaradosi... si no, me quejaré a la reina.

—¡Cálmese, querida amiga!—replicó el prefecto con una falsa sonrisa—. Ya sabe que soy el más rendido de sus esclavos...

—¡Hasta la noche, barón! — dijo Floria, confiada.

—Hasta la noche... Estaré en primera fila, entre sus admiradores.

Y con una nueva y reverente inclinación salió el prefecto en busca de su carroza, satisfecho porque su agudeza, su diplomacia y su penetración del alma humana habían triunfado una vez más.

CAPÍTULO VI

El interior de la iglesia de San Andrés, de grandes arcadas levantadas sobre pilastras de mármol y suelo de grandes losas rojas, era frío y poco acogedor.

El templo estaba casi siempre vacío a las últimas horas de la mañana, y parecía que resbalaban por sus muros las notas líricamente graves del órgano.

En aquella mañana, sólo dos mujeres, de diferente porte, pegadas ambas a la línea general de hancos, veíanse postradas en actitud humilde, de reso-

y de recogimiento. Una de ellas era la marquesa de Attavanti; la otra, una de sus doncellas, que procuraba ocultar bajo su manto un paquete que llevaba consigo.

Las dos mujeres espiaban los movimientos del sacristán, que estaba barriendo la gran nave sin que le apremiara el tiempo, bien ajeno a que aquellas dos piadosas mujeres sentían el ansia agarrada a su corazón y oraban a Dios para que el sacristán terminara rápidamente su tarea.

Cerca de uno de los altares laterales se levantaba un andamio, sobre el que el pintor Mario Cavaradosi ejecutaba su trabajo de ornar el techo con sus maravillosas pinturas de temas religiosos.

Desde aquel alto nido, en el que Cavaradosi pasaba largas horas embobado en su arte y fuera del mundo real, contemplaba Mario ahora la belleza incomparable de la marquesa de Attavanti, belleza de Mater Dolorosa, belleza de claridad exquisita a la que daban un realce asombroso las lágrimas que empañaban los hermosos ojos apesadumbrados por la pena y la angustia que corroía a aquella alma buena.

Cavaradosi, conocedor del drama que estaba viviendo la aristocrática dama, después de haberla contemplado largamente, llevada por el genio de la inspiración, comenzó a abocetar aquel rostro doloroso, de líneas perfectas, de palidez mate, enarizada todavía más por la misteriosa penumbra del templo; y se dedicó a aquel trabajo en el mayor silencio, para no llamar la atención de la que oraba y servía de modelo inconsciente al artista.

Jenarillo, el ayudante de Cavaradosi, contemplaba mudo y absorto de admiración, la imagen que iba surgiendo del lápiz movido por la mano inspirada del artista, y cuando vio ya trazar por completo el rostro dolido, piadoso, dulce, bello, en cuyos ojos se

reflejaba la tristeza de una pena muy grande y muy honda, Jenarillo se atrevió a preguntar al maestro:

—¿Quién es esa señora?

—Una excelente Maria Magdalena—replicó Mario, mientras seguía rápidamente su trabajo, para que el modelo no desapareciera antes de que él hubiera tenido tiempo de acabar el boceto.

Cuando el sacristán hubo terminado su trabajo y se alejó de la nave con paso cansino y desapareció tras la puerta de la sacristía, la marquesa de Attavanti hizo un gesto a la doncella, que se aproximó rápida a la capilla privada de la familia, siguiéndola a poca la de Attavanti. Tomó entonces el envoltorio de manos de la criada, entró en la capilla y fué a reunirse con su hermano en el escondite que había detrás del altar.

Sin darle tiempo a preguntas, aproximada por el tiempo y por el temor de ser descubierta, le dijo, entregándole el envoltorio:

—Te he traído uno de mis vestidos. Mañana, antes de mediodía, creo que tendré un salvoconducto a nombre del conde de Trivalzio... Os parecería... Si no vuelvo por aquí, quiero decir que se me vigila de cerca... En este caso, ponte este vestido y escapa como sen... ¡Que Dios te ayude!—concluyó abrazando a su hermano y besándole con ternura, dejándolo solo nuevamente, solo consigo mismo y con aquel proble-

ma que se plantaba, terrible y amenazador ante él: su fuga definitiva.

Mario vió cómo las dos mujeres, silenciosas, mirando a un lado y a otro para convencerse de que nadie había espionado sus movimientos, se alejaban rápidas, saliendo a la calle.

—Ve a apostarte a la puerta de la iglesia—ordenó Cavaradosi a su ayudante Jencillo—, y en cuanto vesa venir a la señorita, entras y me avisas... ¡Y cuidado con decir a nadie que hay un hombre escondido en la capilla! —murmuró, amenazándole, porque Jencillo, como él, había seguido con la mirada todos los movimientos de las dos mujeres que habían retardado sus oraciones únicamente para poder prestar auxilio al que estaba oculto en la capilla privada de los Angelotti.

Bajó el muchacho del andamio para dar cumplimiento a las instrucciones recibidas, y Mario descendió tras él para visitar al evadido, la gravedad de cuyo caso desconocía todavía, pero al que estaba dispuesto a ayudar, porque los dos comulgaban en la misma idea y porque aquel ideal que a ambos iluminaba con su luz, les unía más que hubieran podido unirles todos los lazos de la sangre o de la amistad.

Angelotti, en cuanto su hermana le dejó solo, deshizo el paquete y contempló el traje de mujer que le había traído y con el que tendría que disfrazarse, si el caso llegaba. El rechinar de la

verja que se abría, le hizo recoger precipitadamente las ropas y, sin que se diera cuenta de ello, un abanico cayó al suelo, quedando olvidado en él.

César cesó de respirar cuando escuchó unos pasos que se acercaban al lugar donde estaba oculto, pero al reconocer a Mario Cavaradosi, se asombró a él sin temor.

—¡Angelotti! — exclamó el pintor asombrado, porque sabía que Angelotti estaba encerrado en la fortaleza de Santángelo y no esperaba encontrarle allí. —Entonces... ¿era por ti la salva del cañón de esta mañana?

—Era por mí—afirmó Angelotti.

—¿Y por qué has venido aquí, a esta iglesia? Es peligroso...

—No tenía otro refugio—añadió el evadido—. He llegado a la puerta de San Sebastián con dos segundos de retraso... Si la mecha del cañón llega a estar húmeda, me salvo... ¡El Destino tiene jugarretas de esta índole! ¿Quién puede luchar contra él?

—Y... ¿qué has decidido con tu hermana?

—Me ha traído unas ropas de mujer, por si llega el caso que tenga que salir de aquí disfrazado con ellas.

—¿Y qué?

—Para mañana confío traerme un pasaporte con el que pueda huir.

Mario hizo un gesto de desaliento.

—¡Mañana!... Mañana será demasiado tarde... Scarpia habrá descubier-

to tu escondite. La idea de refugiarte en la capilla... la tendrá también él y vendrá a buscarte aquí mismo.

—¿Y qué puedo yo hacer?

—¡Sssss! — susurró Cavaradosi viendo que Jenarillo entraba precipitadamente en la iglesia y le hacía un gesto de inteligencia—. Llega Tosca... es mejor que no te vea.

—Tosca... ¿la cantante? — inquirió César con recelo.

—Sí... no temas... por ella me he quedado yo en Roma, con todo el peligro que esto significa para mí.

—Y ¿no tienes confianza en ella?

—La quiero con toda el alma —afirmó Mario poniéndose una mano sobre el corazón, como si profiriera un juramento—. Pero soy del parecer de no mezclar a las mujeres en asuntos como éste...

Mario empujó suavemente a Angelotti hacia su escondrijo, salió de la capilla y por la nave central de la iglesia se encaminó al encuentro de Tosca, que llevaba, como siempre, con una brazada de flores para la Virgen.

Floria había visto la maniobra de Jenarillo y le había llamado la atención que el muchacho, al ver el coche que se acercaba a la iglesia, hubiera entrado precipitadamente en ella.

—¿Qué hacías ahí fuera? —le preguntó al pasar por su lado—. ¿Me estabas espiando?

—¿Yo?... —preguntó Jenarillo, poniendo un gesto de sincero asombro.

—Sí, tú... Apenas me has visto has entrado a advertir a tu amo... ¿Con quién estaba?

Mario intervino conciliador, sonriente:

—Déjale en paz —dijo—. ¿Quién quiere que venga a estas horas?

—¿Quién sabe! —replicó Tosca devolviendo a Mario su sonrisa llena de ternura y de pasión—. ¡Acaso alguna vieja enamorada de tí!

Dejando la conversación, la diva comenzó a arreglar sus flores ante la imagen de la Virgen, cuando entró el sacristán seguido de varios seminaristas y jóvenes sacerdotes, que comenzaron a su vez a engalanar la iglesia.

Estrañóle a Mario aquel inusitado movimiento y se acercó al sacristán para preguntarle a qué era ello debido.

El sacristán aclaró el misterio a Cavaradosi, solicitándole el permiso de tapar el andamiaje que servía a su trabajo con unos grandes paños de terciopelo, para que no afeara la nave de la iglesia mientras se cantaba el "Te Deum".

—¿Un "Te Deum"! —exclamó Mario con asombro—. ¿En honor de qué?

—En honor de nuestra victoria sobre los franceses —contestó el sacristán—. ¡En honor de la victoria de Marengo!

—¡Ah! Bien, tápelo todo... Sí, sí, en

honor de la victoria.—murmuró sin entusiasmo.

Se acercó a Tosca y, distraído, maquinalmente, le cogió las manos y las estrechó entre las suyas en suave caricia; pero su pensamiento estaba lejos, volaba hacia Angelotti, preveía los contratiempos que se le presentaban y el riesgo que iba a correr y, sin darse cuenta de sus propias palabras, exclamó:

—¡Es horrible!

Floria se le quedó mirando, sin comprenderle.

—¿Qué es horrible?—preguntó.

La voz de Tosca le volvió a la realidad y sonrió para disipar aquella mala impresión.

—¡Oh, nada... nada!—y quiso besarle las manos, pero Tosca las retiró rápidamente, volviendo de nuevo al arreglo de las flores del altar de la Virgen, mientras le decía mimosa y modesta al mismo tiempo:

—¡No... delante de Ella, no!

Después agregó:

—Mario... ¿quieres hacerme un gran favor?

—Lo haré, si pueda—contestó el artista.

—Esta noche canto delante de la reina para celebrar la victoria de las tropas austriacas en Marengo... Quisiera que te vistieras elegantemente y que vieras a sírme al palacio Farnesio.

El pintor se quedó serio y sombrío.

Mario Cavaradosi, hijo de franceses, educado en París, no podía sentir el goce de aquella victoria, ni podía resultarle grata aquella fiesta.

—No puedo—murmuró—. Eso no es para mí. No quiero ir a ninguna recepción...

—Pero esta vez es una cosa extraordinaria... Se festeja nuestra gran victoria, la victoria de Marengo—exclamó la diva, tratando de convencer a su marido—. Además —añadió más explícitamente—, si te ven en la corte en esta circunstancia, nadie se atreverá a decir que eres jacobino... ¡Y yo me sentiría completamente feliz de poder anar a un hombre como los otros!

Mario siguió rehusando.

—¡Floria, no puedo presentarme a la reina, en esta noche especial, por dos razones...

—¡Ah, tus razones!... ¡Siempre tus pretextos, tus excusas!

—No son excusas, Floria... son razones: la primera, que estoy de todo corazón con Bonaparte; la segunda, que no se debe creer en las falsas noticias.

Mario sostenía las flores marchitas que Floria sacaba de los jarrones del altar. Cuando hubo arrojado todas las ramas secas y las flores deshojadas, Floria lo recogió todo, lo entregó a Jenarillo y le dijo, volviéndose a él:

—Tíralas a la calle.

Entonces se fijó en el retrato de la marquesa de Attavanti, que Jenarillo

había bajado del andamio para contemplarlo mejor a la luz y, cogiéndolo en sus manos, comenzó a observarlo atentamente.

—¿Quién es esta modelo? — preguntó, sintiendo en su corazón la traidora mordedura de los celos.

—Es una santa... Es María Magdalena — explicó Mario —. Debería gustarte a ti, que eres tan devota.

Tosca, tras una larga contemplación, contestó melancólica:

—¡Demasiado bella!...

—Eres celosa hasta de los modelos que pinto — exclamó Mario complacido por aquella prueba de celos, que era a la vez una prueba más de amor.

Tal vez fueran los celos, tal vez un extraño presentimiento, tal vez... ¡quién sabe! Lo cierto era que aquellos rasgos trazados nerviosamente en un momento de inspiración, la obsesionaban hasta lo absurdo.

—¿De quién pueden ser estos cabellos? ¿De quién estos ojos tristes y empañados en llanto?... ¿De quién esta boca que se contrae dolorosamente como en un suspiro o en una oración?... ¡Ah, los conozco de seguro! ¡Los he visto no sé dónde, en alguna parte! Esta Magdalena es una mujer de carne y hueso... ¡Existe!

Mario, sonriente, la ayudaba a recordar:

—¿Tú crees?

—Sí... ¡Ya caigo! ¡Es la Atavanti!

—murmuró Tosca con acierto. Y, brío-
sa, sintiendo que los celos se hincaban
cada vez más fuertes y dolorosos en
su alma, apremió a Mario con desacom-
pasadas preguntas:

—¿Es la Atavanti!... ¿Dónde os
veis?... ¿En tu casa? ¿En la saya?
¿Aquí? ¡Ah, dígmelo! ¡No me mientas!
¡Quiero saberlo todo!

Y había un frenesí de mujer enamo-
rada en cada una de sus interroga-
ciones.

Mario retiró el boceto, mientras ex-
plicaba con calma:

—La he visto una sola vez, aquí...
mientras pensaba en el cuadro.

—Y... ¿por qué esa mujer y no yo
como modelo?

—Porque fué aquí donde me usió
la inspiración... y tú no estabas — dijo
el artista mirando con apasionada y
tierna mirada a aquella mujer, a la
que amaba hasta la locura —. Me he
aprovechado de un modelo imprevisto...
Ella no sabe que he copiado sus faccio-
nes. ¡Eso es todo!

Floría se tranquilizó y pareció que-
dar convencida, aunque la mordedura
de los celos hubiera dejado en su co-
razón profunda huella.

—Está bien; te creo — murmuró es-
trechándole la mano —. Y ahora, adiós.
Tengo que marcharme... Debó estudiar
la cantata de la victoria para esta no-
che y luego ir a la fiesta, que me para-

cerá eterna... ¡Estoy segura de que me ahorriré sin ti!

—Hasta pronto, Floria—dijo Mario, reteniendo aquella mano delicada, fina, suave, cuyo solo contacto le daba ya la felicidad.

—¿Me quieres?—preguntó ella con mimo.

—¡Con toda el alma!—exclamó Mario, sincero.

—Entonces... ¡soy la más feliz de las mujeres!

Tosca se encaminó con paso gracioso y ligero—parecía una gacela—hacia la salida, pero aun no había hecho la mitad del camino cuando, cambiando de idea, volvió hacia Mario.

—Me voy creyendo que no mientes a propósito de la Attavanti—le dijo, mirándole fijamente con sus negros ojos, que chispeaban de celos y de dudas—, pero me vengaré de un modo terrible si llegas a engañarme.

—¡Floria!—exclamó él, dolido por aquellas dudas.

—¡Perdóname, Mario!—susurró Tosca dulcificando el tono y dejando que asomara a sus pupilas todo el amor que sentía hacia aquel hombre que era su vida entera—. Hasta mañana... en nuestra casita.

Mario la siguió con la mirada, abarcando aquel amor intenso que les unía desde que se conocieron en Viena, y luego se unió a Jenarillo, que contemplaba a los numerosos fieles que ha-

bían ido entrando en el templo para el "Te Deum" de la victoria.

El pintor y su ayudante comenzaron a recoger todos los útiles de trabajo que tenían esparcidos por sobre el andamio, y lo iban dejando todo cuidadosamente arreglado.

—Llévalo a casa—dijo Mario a Jenarillo, entregándole los pinceles, los colores, la paleta, es fin, todo cuanto en la iglesia tenía el pintor para ejecutar su obra de arte—y si alguien te pregunta por mí, di que me he marchado no sabes a dónde... Y te recomiendo que no digas una sola palabra sobre lo que has visto esta mañana... ¿Entiendes?

—Sí, señor—replicó el muchacho. Y luego, con emoción contenida, preguntó: Así, el cañonazo de esta mañana, ¿ha sido por él?

—Sí, Jenarillo... Pero silencio... Tu silencio vale la vida de un hombre...

El aprendiz quiso formar parte común con su maestro:

—Si usted le ayuda, quiero ayudarle yo también—ofreció con dignidad.

—La única ayuda que puedes darnos es callarte. ¡Punto en boca con todos sobre lo que has visto en la iglesia! Y si se hablan de mí... estoy de viaje... ¿Comprendido?

Jenarillo asintió y, al comprender que Mario iba a entrar de nuevo en la capilla de los Angelotti, le dijo que

quedaría en la puerta, por si volvía la señorita.

La entrada de fieles continuaba.

Maria Cavaradosi entró en la capilla particular donde estaba escondido César y le explicó el plan que había trazado en su imaginación durante todo aquel tiempo en que parecía estar únicamente absorto en la atención de Tosca.

—Esto es lo que puedo proponerte para salir de aquí— le dijo—. Para verme tranquilamente con Tosca he alquilado una casita en el campo, una "viña", como dicen los campesinos; una "viña" que es de un antiguo criado de la casa... Tres personas en total conocen ese refugio oculto; el criado, fidelísimo, Tosca y yo... ¡Es cosa hecha!

—¿Y Tosca?— inquirió Attavanti, dudoso.

—Tosca no irá a nuestra casita hasta mañana por la noche. Temenos todo un día ante nosotros para decidir... Claro que lo mejor sería no decirle nada; pero, si es necesario, se lo diré... Es una mujer leal, noble, incapaz de una traición...

Angelotti, vencido por la tentación del ofrecimiento, dispuesto a acceder a las sugerencias generosas de Mario, preparó en un paquete las ropas que le había entregado su hermana, mientras decía a su amigo:

—¡Arricagas la vida por mí!

—No; no temas... La casita está apartada y escondida y, además, tiene otra ventaja: un escondrijo extraordinario... En caso de peligro, hay sitio donde esconderse. ¡Un sitio en el que nadie dará contigo!

—¿Ni siquiera Scarpia?— preguntó Angelotti con una vaga sonrisa de recelo y de ironía.

—Ni Scarpia... Créeme...

César se quitó la ropa de herrero que aun llevaba puesta y los dos salieron de la capilla con ánimo de aprovechar la aglomeración de público para escabullirse entre él sin llamar la atención.

Apenas hacía unos segundos que andaban mezclados con los fieles, cuando Jenarillo, que pudo divisarles, se acercó a ellos y, hablando al oído de Mario, le dijo:

—¡La policía!... ¡Son lo menos cincuenta!

Maria titubeó un momento, pero, decidido, dispuesto a armarlo todo con tal de salvar a Angelotti, cogió a éste por un brazo y le empujó hacia la puerta de la sacristía.

Entretanto, en la explanada que se abría ante la iglesia, la policía disponía estratégicamente las fuerzas, cuando llegó el coche del prefecto.

Una pareja de guardias observaba atentamente a un joven que estaba esperando en la puerta lateral del templo y que se parecía algo a Angelotti

Este, acompañado de Mario, después de cruzar la sacristía, subía por una estrecha escalera que conducía a la plataforma del campanario, por cuya ventana les fué fácil deslizarse hasta el tejado, como ratos en fuga.

Scarpia y su secretario, con el séquito de esbirros, penetraron en la iglesia y, sin hacer caso de la gran solemnidad religiosa que se estaba celebrando, se dirigieron hacia su interior, observándolo todo.

—¿Cuál es la capilla de los Angelotti?—preguntó Scarpia.

—Lo ignora, barón — respondió Schiarrone.

—Sin duda, será alguna de esas de ahí. ¿El escudo de los Angelotti no lleva tres ángeles?

—Sí, señor barón.

—Entonces — murmuró Scarpia con aire de triunfo —, no es difícil reconocerla.

Se fueron acercando a la capilla en silencio, discretamente, para no distraer la atención de los fieles y, cuando llegaron junto a ella, Scarpia puso la mano sobre el escudo de la verja, mostrando a Schiarrone los tres ángeles.

Empujó la cancela y, a un ademán suyo, dos de sus hombres entraron cautelosamente en la capilla.

Detrás del altar, uno de ellos dio con las ropas de obrero que Angelotti había dejado allí abandonadas.

Scarpia seguía paseando distraído,

cuando de pronto descubrió a Jenarillo, que iba a retirarse llevando todos los útiles del pintor y el boceto de la marquesa de Attavanti, y se aproximó a él para preguntarle:

—¿Dónde está tu amo?

—Se ha ido de viaje — contestó el muchacho.

Le dejó marchar, pero hizo un gesto significativo a dos de sus hombres, que salieron en pos del muchacho.

—El cuadro que lleva ese obispo es el retrato de la marquesa de Attavanti — explicó a Schiarrone, que se había reunido a él.

—Entonces... ¿la marquesa ha estado aquí? — murmuró el secretario con asombro.

Scarpia, sin hacer caso de la exclamación, comentó con sonrisa siniestra:

—¡Buen retrato!... Caramba! No tiene mucho talento... mucho talento...

Y tenía también mucha agilidad, porque en aquel mismo instante, salvando un paso muy difícil, ayudando al propio tiempo a César, pasaban del tejado de la iglesia al de una casa vecina y penetraban en ella con cautela infinita.

Los acordes del órgano y el canto de los fieles entonando el "Te Deum" llenaban de sonos armoniosos y graves la nave del templo.

Ante la capilla de los Angelotti, el esbirro de Scarpia mostraba a éste las ropas halladas.

—¡El disfraz de herrero con el que huyó de la cárcel!

—Sí, barón... Y también esta vez ha logrado huir... Hemos llegado tarde.

Scarpia permaneció en silencio observándolo todo y penetró él mismo en la capilla, para proceder a un largo y detenido examen del lugar donde había estado escondido el insurrecto. En un oscuro rincón, donde la luz no llegaba, sus ojos de lince descubrieron algo que se apresuró a recoger del suelo: era el abanico que, como complemento del disfraz femenino, la marquesa de Attavanti había llevado a su hermana. Scarpia observó con detenimiento la tela y el varillaje del abanico, hasta distinguir pintado el escudo de Attavanti. Entonces, con aire de triunfo, lo cerró, lo metió en su bolsillo, y alegremente se encaminó a la salida, sin dar cuenta a nadie de aquel maravilloso hallazgo.

Mario y Angelotti se detuvieron en

una de las pasillas de aquella casa desierta, donde éste se vistió apresuradamente con las ropas de mujer, ayudado por el pintor.

—El abanico... —murmuró Angelotti.

—He olvidado el abanico...

Ya no tenía remedio aquel daño. El tiempo apremiaba. Era preciso huir.

—¡Vamos, de prisa!... —insistió Mario, no queriendo dar importancia a aquel olvido.

—¡Scarpia va a comprometer a mi hermana a causa de ese abanico! —murmuró Angelotti con amargura.

Mario no replicó. Acabó de arreglarle los pliegues de la falda, le cubrió el rostro cuanto pudo con la capota, le hizo adoptar una postura muy femenina y recatada, y como un matrimonio burgués que saliera a pasear tranquilo, salieron a la calle cuando ya la policía se disponía a acordonar la iglesia.

CAPÍTULO VII

Ante el palacio Farnesio se congregaba la multitud, dando a la plaza un aspecto populachero.

Se comentaba la entrada de peregrinos invitados a la recepción real, y hubo

incluso la ascensión de un pequeño globo Montgolfier de papel, con una caricatura de Bonaparte.

La llegada de Tosca, que venía en elegante landó tirado por cuatro caba-

Los blancos y enundado por un cochero con vistosa librea, se recibió con vivas de entusiasmo.

El coche penetró en el patio del palacio, donde Tosca fué saludada por los oficiales de guardia, ayudándola uno de ellos a apearse.

La bonita estampa de los caballos llamó la atención en el patio, y el cochero tuvo que explicar que eran un regalo de Su Majestad el emperador de Austria a la bellísima diva.

Tosca entró en el gran salón de recepciones, escoltada ya por gran número de admiradores que la halagaban y cosalaban su incomparable belleza, haciéndola sonreír con esa íntima satisfacción con que siempre una mujer recibe la galantería de un hombre.

—Está usted cada día más bella. Parece una flor.

—¡Una reina!

—¡Una diosa!

—¡Y qué vestido!... ¡Qué incomparable elegancia!

—¡Oh, gracias, gracias!... Eaos cumplidos ya me los dirán luego... Ahora no tengo tiempo para escucharlos... Vengo con retraso.

Atravesó la galería, llena también de un público elegante y escogido y un admirador más ferviente lanzó, al verla pasar, un "¡Viva Tosca!", que fué contestado por ella con un "¡Viva la reina!"

Seguidamente entró en la sala de mú-

sica, donde ya estaban ensayando a los órdenes de Paisiello.

Un nuevo personaje entraba en el salón: el barón de Scarpia, al que se acercó el maestro de ceremonias y, con una profunda inclinación, dada la alta alcurnia del invitado, le dijo:

—Señor barón, Su Majestad me ha ordenado llevarle ante ella en cuanto llegara.

El barón le siguió hasta la antesala de la reina, colmada de telas riquísimas, llenas de encajes y sedas, de volantes y cintas, que las damas preparaban para engalanar a su señora, mientras los oficiales de servicio permanecían en sus puestos, rígidos como estatuas.

El barón siguió entonces al oficial de guardia, que le condujo hasta la puerta de la cámara real, y la dama que ardió a la llamada, dejó pasar al prefecto de policía, cerrando de nuevo la puerta.

En el saloncito había un run-ran de culmena: risas, parloteos, fru-frus de seda, rozar de encajes... Todo era alado, suave, envuelto en misterio, como si el menor ruido pudiera turbar la armonía de aquel conjunto pianísimo en el que se desenvolvían las conversaciones de las damas de la reina, que en aquellos momentos posaba ante un pintor, mientras las damas comían helados servidos por la servidumbre de palacio.

—¡Ah, he aquí al barón!—exclamó la reina, recibiendo con muestras de



...sin acordar a separar los ojos del cortejo fúnebre del conde
de Palmieri,



...malhumorado al recordar lleno de celos los amores de Tosca
y Mario,



Tosco leía una partitura, cantándola a medio voz.



—Tosco, le aconsejo que renuncie a sus días con el caballero Cava-odessi.



—Te he traído uno de mis vestidos, Molano, creo que tendrá
un aslypconduto.



...que llegaba, como siempre, con una brazada de flores
para la Virgen.



—María, ¿quieres hacerme un gran favor?



Seguidamente entró en la sala de música, donde ya estaban ensayando...



—Arriesgar la vida para salvar la del amigo, es una cosa generosa, admirable!



—Cuando estés a la altura del escandirio ya te avisaré.



—¿Qué quiere usted que le diga? ¡Angelotti no está aquí!



...pero Torco ya había tenido ocasión de saber que bajo aquel gesto había siempre la llama de un viejo deseo.



—¡Oh, Tosca, en aquellos momentos he comprendido que ya nunca podrá usted amar a otro hombre como lo ha amado a él!



—¿Una ejecución simulada, señor barón?



Volvía él al ataque: para ella, vengadora y terrible...



Ya era llegado el momento...

verdadera satisfacción al prefecto—
¿Acepta un helado?... Señorita de Santa Cruz, dele un helado al barón — ordenó a una de sus damas—. Pero no uno rosa, hija mía, sino uno verde y blanco: pistache y limón... Pruébelo, mi querido barón... ¡Ah, pero no empiece por el limón!... Hay que empezar por el pistache y concluir con el limón... Así comen los helados los verdaderos sibaritas...

—Por favor... Suplico a Su Majestad que conserve su "pose"—rogó el pintor, descorazonado por los ademanes de la reina, que descomponían su postura.

La reina corrigió su posición y volvió a prestarse de modelo.

El pintor comprobó planas de visualidad, pero en todas ellas le estorbaba la presencia del barón, que se interponía ante la reina y, con gestos significativos, le rogó que se apartara.

Scarpia atendió los deseos del artista y se colocó detrás de la reina, pero ésta, entonces, se volvió hacia él para poder hablarle con más comodidad, y le preguntó:

—¿Le gustaría que le mandara esilar, barón?

—No es cosa que me seduzca, Majestad—respondió el barón, sonriendo firmemente.

—¿Qué ha pasado con Angelotti?—siguió diciendo la reina, sin acordarse de la "pose" de su cuadro ni hacer caso

del desespero del pintor—. ¿Cómo lo ha dejado escapar? ¡Ah, tonante!... Esto me lo va a pagar caro el señor prefecto de policía—reía la reina, que nunca reía seriamente a su favorito.

—Por favor—seguida pidiendo el pintor—, suplico a Vuestra Majestad que no rompa la "pose" a cada instante...

La reina compuso de nuevo su postura y Scarpia, dando un ágil rodeo, consiguió situarse ante ella sin molestar la visualidad del pintor.

—¿Qué se ha hecho hasta ahora para capturar al jacobino fugado?—preguntó Su Majestad sin mover un músculo de su rostro, para no caer en el mo-
jo del artista.

—Todo lo necesario, Majestad—contestó Scarpia con energía y respeto.

—Ya veremos... —murmuró la reina—. Le queda tiempo hasta mañana, ¿entiende?—continuó en un tono que bien pudiera ser una amenaza.

El barón se retiró, sin volver la espalda a su reina, mientras iba gustando el helado, y la reina le corrigió de nuevo:

—Primero el pistache, mi querido barón... El limón es lo último que se debe tomar.

Scarpia, molesto, salió del salón y, entregando al maestro de ceremonias aquel dichoso helado que quería sin gana, dijo, dándose mucho tono:

—Primero el pistache... ¡Orden de Su Majestad!

Y sacando de su bolsillo el abanico de la marquesa de Attavanti, lo acarició con un gesto extraño y se alejó en dirección al saloncito de música.

—Les ruego que no se molesten por mí—dijo al entrar y viendo que cesaban los ensayos y que el maestro de música se inclinaba ante él con reverencia.

—Diva—añadió, dirigiéndose a Tosca con una fina sonrisa—, venía tan sólo a entregarte el abanico que dejó olvidado esta mañana.

Floria lo tomó maquinalmente, pero al verlo, al abrir su paisaje, se acordó al barón de Scarpia y le preguntó con una angustia incontinida en su voz:

—¿Dónde lo ha encontrado?

—En San Andrés, esta mañana—replicó el prefecto con su calma habitual, como si la cosa no tuviera para él importancia alguna—. Siguiendo su precioso consejo, fui a ver el fresco pintado por Mario Cavaradosi... Soy completamente de su mismo parecer. ¡Es una obra magnífica!

—¿Lo ha visto de cerca? — preguntó Tosca, sin dejar de mirar el abanico que tenía en sus manos.

—He subido hasta el andamio—mintió el barón.

—¿Y le ha hablado?

—No... Cavaradosi no estaba allí... ¡Se había marchado!

—¿Qué raro!—murmuró Tosca, como si hablara consigo misma—. Creía que estaba todo el día trabajando.

—Quizá no haya podido... Con aquel "Te Deum" imprevisto...—insinuó el barón.

—¡Claro... así debe ser!—dijo Tosca distraída, comenzando a sospechar cosas terribles, agudizada su imaginación por la espantosa fantasía que los celos desbocan.

De nuevo abrió el abanico, como si jugara con él, para contemplarlo una vez más, y entonces se dio cuenta de que en lugar muy visible estaban las armas de la Attavanti.

El barón de Scarpia vio el juego de Tosca y dijo suavemente, llevando la conversación al terreno que a él le interesaba:

—Allí he encontrado el abanico, y como imaginé que es de usted, pues ninguna otra mujer se acerca a Cavaradosi, he venido a traerlo personalmente.

Los celos cegaban a Floria.

—¿Dónde estaba?... ¿En el andamio? — preguntó, para cerciorarse de la traición de su amante.

—Sí, en el andamio.

—Este abanico no es mío...

El barón de Scarpia miró fijamente a Tosca, que se dio cuenta de la imprudencia de sus palabras, y cuando el barón le preguntó, con aquella cortesía que era despiadada como la boja de un puñal:

—Entonces... ¿qué hacemos con él?

Replicó sonriendo, esforzándose en

dar a sus palabras un tono natural y desenfadado:

—¡Oh, nada!... Se lo daré yo misma a Mario, que debe saber a quién pertenecen...

El barón de Scarpia expresó su conformidad con un gesto, y se despidió diciendo:

—¡Siento mucho haberle interrumpido el ensayo!... ¡Mis mejores augurios para la fiesta!

Tosca no contestó. Se había quedado intensamente pálida y en sus ojos se reflejaba toda la angustia de su alma enamorada, presa de la más terrible agitación que puede conmover un alma femenina apoderada de la sospecha.

Paisiello, que esperaba a la diva para seguir el ensayo, viéndola alejada del grupo de cantantes, se acercó a ella impaciente, y le dijo:

—Pero ¿qué tienes? ¿Por qué no vienes a ensayar? ¿Qué te pasa, Santo Dios?

—Pasa... que se rica de mí... ¿comprendes?—replicó Tosca con los dientes apretados, gritando con desesperación del dolor que la atenazaba—. A estas horas, estarán juntos él y ella... Le dirá las mismas palabras que a mí, los mismos nombres cariñosos... le hará las mismas caricias... habrá en sus ojos el mismo fuego... ¡Ah, les estoy viendo! ¡Pero me las pagarán... me las pagarán!

Y, arrebatada por el deseo de la ven-

ganza, recogió rápida sus cosas y se encaminó a la puerta.

El maestro, que la miraba sorprendido sin comprender nada de lo que decía Tosca, corrió hacia ella cuando la vio dispuesta a salir y, tratando de detenerla, exclamó:

—¡Floria!... ¿Y mi cantata?

—¿Qué me importa a mí tu cantata?—replicó la diva sin poder contener la ira.

—¡Por la reina!...—imploró Paisiello con humilde tono.

—Dile a la reina que estoy mala... que me siento fatigada... que estoy indispuesta. Dile lo que quieras.

—No me creará.

—Entonces... ¡dile que mi amante me traiciona... y que es verdad!—gritó Tosca con un grito que era como el rugido de una fiera herida en mitad del pecho.

Paisiello bajó la cabeza con pesadumbre, volvió al clavicordio y dijo a sus discípulos:

—Hasta que regrese la diva, repasemos todo el principio...

Tosca salió corriendo del palacio Farnesio y, tras ella, tranquilo y sereno, el barón de Scarpia, que se detuvo en la puerta, hasta ver a la diva que subía nerviosa a su landó, haciendo emprender a los caballos un trote desenfrenado.

Schiarrone y el capitán Esposito se acercaron al prefecto para recibir órdenes.

—Hay que seguir a ese coche... vaya donde vaya—les dijo.

Y los dos esbirros de Scarpia reunieron a varios oficiales de la tropa para proceder a la persecución del landó tirado por los cuatro magníficos caballos blancos, regalo del emperador de Austria a la más bella cantante de Europa.

Los oficiales, a caballo, emprendieron rápida carrera para no perder de vista el coche de Tosca; ésta era la orden escueta: no perderle de vista hasta que llegara a su destino.

Scarpia y Schiarrone subieron al coche del prefecto y abandonaron el palacio cuando en él todavía no había dado principio la gran ceremonia pre-

parada para celebrar la victoria de Marengo.

En la oscuridad de la noche, la blancura de los caballos de Tosca destacaba como una mancha immaculada que fuera a la vez acicate y guía para los perseguidores. Así, siguiendo por las callejas estrechas de la vieja Roma, por las amplias avenidas del Aventino, por el Foro, ante el Arco de Constantino, por las inmediaciones del Coliseo, llegaron a las afueras de la ciudad, donde ya, franco el camino y con una única ruta delante de ellos, pudieron poner entre el coche de Tosca y sus caballos una distancia más prudente, acompañándola hasta la "viña" que tenía en alquiler, para sus amores clandestinos, el pintor Mario Cavaradosi.

CAPÍTULO VIII

Tosca, ajena a toda acción que no fuera la suya propia, bajó del coche frente a la quinta y llamó a la puerta.

Los esbirros de Scarpia, de entre los cuales se había adelantado uno para comprobar mejor el lugar donde Tosca se detenía, después de ver desaparecer a la diva tras la puerta de la casita,

hicieron volver grupas a sus caballos y se acercaron al coche del prefecto, que permanecía a una considerable distancia:

—La señora se ha parado junto a la primera casa de la derecha, yendo a San Buenaventura.

—Habrá que circundar toda la coti-

ne—ordenó el prefecto—. ¡Que nadie pueda escapar de la quinta!

Espoleta respondió amustado:

—¡Señor barón, necesito por lo menos doscientos hombres!

—Pues, búscalos, amigo, búscalos—contestó Scarpia con aquella sonrisa fría y tajante que infundía miedo aún a sus propios amigos.

A los golpes que Tosca daba en la puerta de la casa, a sus gritos desesperados de:

—¡Abrid, abrid!... ¡Ya sé que estáis juntos! ¡Es inútil que os escondáis!

Acudieron Mario Cavaradossi y su fiel criado Francisco, franqueando la puerta a la diva, que preguntó con un acento que Mario no le conocía:

—¿Qué esperabas para abrirme?... ¿No sabías que era yo?

—Floria—contestó Mario con seriedad—, tengo algo muy grave que decirte.

—¡Nada de explicaciones!—replicó Tosca, cuyos nervios se habían roto y no sabía qué decía—. ¡Quiero verla! ¡Quiero verla ahora mismo! ¡Quiero conocer a la que ha venido a robarme la felicidad!

Mario la miró estupefacto, creyendo que se había vuelto loca, y preguntó a su vez:

—¿Verla?... ¿A quién quieres ver?

—¡A tu amante!—le escupió Tosca al rostro con desprecio.

—¿Qué dices, Floria?—inquirió el pintor, sin comprender.

—Yo sé lo que me digo...—gimió Tosca, viendo sobre una silla los vestidos de la marquesa de Attavanti con los que se había disfrazado César para salir de San Andrés—. Y eso ¿qué es? ¿No son suyos acaso esos vestidos? ¿O quizá harás creerme que te pertenecen a ti?—agregó con una ironía que hacía daño a Cavaradossi, inocente por completo de la culpa que su amada le imputaba.

—¡Floria... razona... escucha!—suplicaba.

—¡Ah! Quisieras que creyera en el embuste del retrato, ¿verdad? ¿El modelo imprevisto, que posa de María Magdalena?

Tosca se acercó a una puerta cerrada que había en el fondo de la estancia y que comunicaba con las habitaciones superiores de la casa y, empujando la puerta, gritó fuera de sí:

—¡Féds shí! ¡Déjate ya ver! ¡Ten valor para enfrentarte con tu rival!... ¡Ladrona! ¡Que me has robado mi felicidad, lo que era mío, lo que sólo a mí me pertenecía! ¡Sal, que yo te vea! ¡Ah, no quieras salir porque sabes que eres fea!—y en la voz de Tosca había lágrimas y sollozos, unos sollozos contenidos que hacían aún más trágica su sospecha.

Mario quiso acabar con aquella situa-

ción equívoca y gritó fuerte para ser oído:

—¡Abre, Angelotti!

La puerta se abrió al momento y apareció César Angelotti. Tosca quedó desconcertada. Sus facciones crispadas se distendieron; una sonrisa de dicha iluminó su rostro y, loca de alegría, aligerada de aquella carga de dolor que hasta aquel momento había pesado sobre su alma, se arrojó a los brazos de su amante, gritando:

—¡Oh, Mario, amor mío, perdón... perdón! ¡Arriesgar la vida para salvar la del amigo, es una cosa generosa, admirable! ¡Tú vales más que nadie en este mundo! ¡Por eso debes perdonarme!...

Mario la acariciaba como a una niña pequeña y le sonreía, pensando acaso en su fuero interno, que había sido más valiente para arriesgar su propia vida que para arriesgar su felicidad, ya que había claudicado ante la duda de Tosca que se le hacía más insufrible que la propia muerte.

Angelotti preguntó a Tosca qué era lo que le había despertado aquellas locas sospechas.

—Ha sido esto... este abanico... —contestó Tosca, mostrando el abanico que llevaba pintadas las armas de la Attavanti—. Este abanico, que sin duda pertenece a su hermana...

—¿Cómo ha caído esto en tus ma-

nas?—preguntó Mario con angustia—. ¿Has vuelto tú misma a la iglesia?

La luz se hizo en el cerebro de Fioria, ofuscado hasta entonces por la negra nube de los celos.

—No... Ha sido... ¡Ah, ha sido Scarpia quien me lo ha dado!... ¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Ha sido un engaño, un cebo, una tracción para descubrir este escondrijo!... Sin duda ha venido siguiéndome...

César, decidido a salvarse, fuera como fuese, dijo, disponiéndose a salir:

—No puedo quedarme con vosotros... Voy a esconderme entre las ruinas del Foro. Intentaré escapar al campo...

—No—le atajó Mario—. No perdamos la cabeza. Tengamos serenidad... Si todavía los esbirros del prefecto no han entrado en el jardín, estamos a tiempo. ¿No te hablé de un escondrijo formidable? ¡Es el momento de usarlo! Coge ese capotón; tendrás frío si has de pasar allí unas horas... Se trata de una especie de gruta en el fondo del pozo.

Francisco, que a una orden de su amo había salido para escrutar los alrededores, volvió diciendo que no había nadie a la vista y los tres, a toda prisa, salieron al huerto para poner a salvo al fugitivo antes de que Scarpia y sus hombres llegaran.

Tosca, Mario y Angelotti llegaron al brocal del pozo sin ser vistos por nadie. Los hombres de Scarpia estaban apostados tras la tupia del huerto, agarra-

dos en ella para no ser vistos ni despertar sospechas, en espera de que llegaran las tropas de refuerzo para rodear la colina y evitar así la evasión del fugitivo.

Mario dió instrucciones concretas a César:

—Agarra la cuerda y déjate caer... Cuando estés a la altura del escudriño yo te avisaré.

Actunba Cavaradossi con serenidad y firmeza, llevado por su voluntad férrea, por su ideal patriótico y por el ansia de salvar a su compañero.

Angelotti hizo lo que le había indicado su amigo y desapareció por la boca del pozo, descendiendo con alguna dificultad hasta que oyó la voz de Mario que le decía:

—¡Basta! Ahí es... Balseñate un poco hasta agarrar la rala que verás a la derecha... ¡Esa, sí, esa es! Ahora separa las hojas y hallarás la galería subterránea... ¿Te convences de que ni el diablo te puede descubrir ahí?—le preguntó en tono festivo para dar ánimo al que estaba en tan inminente peligro.

Mario recogió la cuerda y lo dejó todo en perfecto orden para que ningún detalle olvidado pudiera levantar sospechas peligrosas, mientras Tosca, alejándose del pozo, escudriñaba a través de la tapia las tinieblas de la noche.

—Mario...—llamó en voz queda.

Mario se acercó en silencio y Tosca le mostró dos jinetes que galopaban a

lo lejos por detrás de un antiguo aneurdun y que iban en dirección a la casa.

Los dos amantes se miraron angustiados y abandonaron la huerta en espera de los acontecimientos.

Se iba a iniciar la acción planeada por el prefecto de Policía.

—Excelencia—dijo Espoleta, que había cumplido las órdenes recibidas—la colina está completamente rodeada hasta las Termas de Caracalla.

—Está bien... Ahora vaya usted mismo al palacio Farnesio, pida que le lloven ante Su Majestad y dígame que dentro de una hora Angelotti estará de nuevo en nuestras manos... Luego vuelva a buscarme a la casucha que ya sabe...

Se retiró el capitán, saludando, y Scarpia dió con el bastón en el cristal de la ventanilla de su coche, para llamar la atención del cochero y ordenarle, apremiante:

—¡Adelante!

El coche del barón enfiló ya sin recato hacia la casa de Mario, siendo bien pronto divisado por Francisco que, en lo alto del pajar, estaba de vigia para dar el alerta a su amo, tan pronto como viera algo alarmante.

—Viene un coche escoltado por soldados...—dijo el fiel servidor, casi sin aliento, llegando junto a Mario.

Tosca se apresuró a recoger el vestido de la Marchesa de Attavanti y lo

llevó a su propia habitación, colgándolo en el ropero entre las vestidas de su uso personal.

Apenas había tenido tiempo de llevar a cabo aquella tarea cuando el barón llegaba ante la "viña", con el mismo aire distinguido y desplacante que si fuera a una fiesta, y decía a Francisco que había acudido a abrirle la puerta:

—Quiero hablar con el señor Cavaradosi.

—En seguida, excelencia... Voy a avisarle... ¡Entre, mientras tanto!

Le franqueó Francisco la entrada sin ningún recelo y Scarpia y Schiarrone pasaron por el patio, mientras el criado iba a avisar a su amo.

Mario acudió presuroso a recibir al visitante y, cuadrándose ante él, le preguntó con una voz que en nada denotaba la emoción que le embargaba:

—¿Qué desea?

—Busco al conde de Angelotti—replicó Scarpia sin embajes.

El pintor fugió gran extrañeza:

—¿Usted cree que lo escondemos aquí?

—Tengo la seguridad de que así es.

—Siendo así, cumpla con su deber

—replicó Mario, acatando la justicia—. ¡Búsquele!

Scarpia se inclinó en prueba de agradecimiento, y a continuación hizo seña a Schiarrone para que procediera a un minucioso registro.

—¡Está bien, excelencia! —dijo

Schiarrone, dando las instrucciones pertinentes a su gente.

Comenzó una búsqueda verdaderamente rabiosa, registrando todos los rincones de la casa y de la huerta y escudriñando el fondo del poro con grandes hachones encendidos; y no dando resultado ninguna aquellas pesquisas, se procedió a encender un gran fuego en el hogar por si el fugitivo pudiera hallarse escondido en la chimenea.

El secretario de la prefectura dirigía personalmente aquel registro. En el cuarto de Tosca, fué él mismo quien, con delicadeza de hombre de mundo, fué examinando todos los rincones. Bajaron al subterráneo y los soldados, con sus bayonetas, acuchillaron los montones de paja que en él había. ¡Nada, tampoco! Todo estaba en orden. Nada sospechoso advirtieron.

Schiarrone, que había descubierto en el ropero de Tosca, arrugado y roto, el traje que usara Angelotti para vestirse de mujer, llamó a Francisco y lo preguntó, mostrándoselo:

—¿Estás seguro de que este vestido pertenece a la señora?

El criado respondió que sí.

—¡Buena!... Lo veremos... Espero que no sea un falso testimonio... Lo digo por ti, porque podría costarte muy caro. Sé de otros que han perdido la pelleja por mucho menos.

Se buscó hasta por cada una de las

matas del jardín, pero todo resultó infructuoso, y así hubo de confesarle el secretario de la prefectura.

—Excelencia... ¡no hemos encontrado nada!

—Está bien—replicó Scarpia—. ¡Retírense un instante!

El barón de Scarpia se jugaba en aquel asunto nada menos que el favor de la reina, y no estaba dispuesto a perderlo.

—Caballero — dijo, dirigiéndose a Mario Cavaradosi con un acento de sinceridad que acaso por primera vez en su vida no fuera falso—. Quiero dejarle una salvación, y créame que no es cosa sencilla lo que le ofrezco: dígame dónde está Angelotti y le firmo un salvoconducto para ustedes dos, un salvoconducto que les permitirá salir fuera de los Estados Romanos y vivir felices donde sea... esperando que ni usted ni ella volverán a poner los pies en Roma... ¡Esta es mi propuesta!... Le aconsejo que la acepte... antes de que recurra a los grandes medios... que ya sabe usted lo que significan... Estoy ahora como ante una especie de frontera... ¡y dudo si pasarla!... Usted ha de decidir... Aprovechese mientras está a tiempo todavía... — insinuó Scarpia con aquella sonrisa que helaba la sangre en las venas.

Mario no aceptó una propuesta que era el premio de una delación. Altivo,

serio, digno, contestó con perfecta calma y en un tono enérgico:

—¿Qué quiere usted que le diga?... ¡Angelotti no está aquí!

Scarpia miró fijamente al pintor, llamó a Schiarrone y dijo, frío e indiferente:

—Usted lo quiere... ¡sea! Schiarrone, interroga al señor.

—¿Por qué interrogarme aquí? — protestó Cavaradosi—. Si soy sospechoso, arrésteme.

—Le interrogo donde me place — respondió Scarpia con desdén.

El abismo quedaba abierto a sus pies, y Mario sabía que en él se hundiría irremisiblemente. Se sentía con fuerza para arrostrarlo todo. Pero cuando oyó a Schiarrone, que con voz meliflua le decía: "Si su excelencia quiere seguirme...", cambió con Tosca una larga mirada, una mirada intensa, honda, desolada, en la que había súplica de silencio y un adiós de eterna despedida al mismo tiempo...

Le llevaron al comedor, cerrando la puerta. Dos esbirros se arrojaron sobre él y le arrancaron la ropa sin miramientos, atándolo a un banco fuertemente. Avivaron el fuego que ardía en la chimenea y comenzaron a preparar los instrumentos de tortura, calentando al rojo vivo unas gruesas barras de hierro.

Mario les miraba hacer. Se sentía fuerte. El dolor podría arrancar aym

desesperados de su garganta; pero jamás arrancaría su secreto... Sufriría... ¡moriría de dolor si era preciso!... Pero jamás, ¡oh! jamás revelaría el escondrijo del que confiaba en su lealtad de amigo y de caballero.

El barón de Scarpia paseaba, entre tanto, en la parte exterior del comedor; mientras Tosca, inquieta por un horrible presentimiento, atisbaba por la ventana y veía confusamente los preparativos que se estaban llevando a cabo.

—¡Han encendido la luz!— murmuró, juntando las manos con inquietud. —¿Por qué? Y esos soldados, ¿qué hacen ahí dentro?

—Es el reglamento—contestó Scarpia lacónicamente.

Volvió a llamar a su subordinado.

—Schiarone, dará las órdenes desde aquí... ¿Puede usted verme desde el comedor?

—Sí, excelencia... por la ventana.

—Suspenderá o remudará el interrogatorio según sean las señas que yo le haga... y que dependerán de las respuestas de la señora—insinuó Scarpia con maldad, mirando de soslayo a Tosca.

—¿De mis respuestas? — inquirió Floria con un ligero temblor en la voz.

—Claro que sí.

—Entonces... ¿sigue usted creyendo que escondemos a Angelotti? — preguntó Tosca alarmada.

—No lo he dudado un instante.

El barón de Scarpia, con las manos cruzadas a la espalda, paseaba por el rectángulo del jardín que permitía distinguir lo que ocurría en la habitación donde se tenía en rehenes a Mario Cavaradosi, y Tosca le seguía en aquellos paseos, nerviosa, anhelante, en espera de poder engañar al prefecto o de conseguir de él una especial atención.

En el comedor, los esbirros, terminada la tarea de atar fuertemente a Mario, se acercaron a la lumbre, y uno de ellos, tomando un hierro candente, se dirigió a la víctima, y se disponía a hundirlo en su pecho, cuando Schiarone le detuvo con un gesto y le preguntó:

—Excelencia... ¿sabe usted dónde está Angelotti?

Mario miró un momento el hierro rojo y lacerante que tenía muy cerca suyo, que le hacía sentir su calor, que presentía ya sobre su carne chumuscándole, hincándose en ella, desgarrándole las fibras y los tejidos, haciendo una honda llaga en su pecho... Entornó los ojos y replicó con energía:

—¡No!...

—Es una verdadera lástima...

—¿Qué dice el caballero?—preguntó Scarpia desde el jardín.

—Nada, excelencia—contestó Schiarone, asomándose a la ventana.

—Pues, insista usted... ¡Insista! —

ordenó Scarpia con una mirada mala en sus ojos perversos.

Tosca intentó convencer al barón:

—Por mucho que insistáis, jamás podrá decir lo que no sabe—murmuró, creyendo que sus palabras podrían ablandar el alma dura del prefecto.

—¡Por Dios! —exclamó ésta, ingenuo—. Basta una sola mirada para juzgar a un hombre, y ya tenía prevista la obstinación de Cavaradosi... ¡Pero esperaba que usted fuera más razonable, mi querida Floria!

La diva ensayó una sonrisa pícarra, mientras se acercaba a la casa con la esperanza de ver lo que ocurría en el interior.

—¿Hay que mentir para complaceros, excelencia?—preguntó, coquetueta y trivial.

—No... Mas diciendo la verdad, le ahorraría a su amante un durísimo cuarto de hora—dijo Scarpia recalcando mucho sus frases.

Tosca palideció, recobró su actitud sombría, inquieta, angustiada, y preguntó, mirando fijamente a aquel hombre que la hacía temblar sólo con sus palabras:

—¿Cómo?... ¿Qué queréis decir?

El prefecto, sin atenderla ya, llamó a Schiavroni de nuevo:

—El caballero... ¿se decide a denunciar?

—No, excelencia.

—Pues, entonces... ¡por para él!... ¡Adelante!—ordenó.

—¿Qué sucede ahí dentro, barón?—preguntó Tosca, que comenzaba a sentir un sudor de angustia perlarle la frente.

—Una cosa muy sencilla... Se está interrogando a su amante con todas las formalidades del caso...

Tosca comprendió y lanzó una exclamación de angustia, corriendo hacia la casa, intentando pasar entre los soldados que la custodiaban, sin que éstos le permitieran la entrada.

—¡Quiero verle!... ¡Quiero verle!... —gemía desesperada—. ¡Dejadme pasar!... ¡Mario, Mario de mi vida! ¡Mario, contestame!... ¡Habla!... ¡Una sola palabra, Mario mío!

Un alarido terrible, espantoso, horrendo, desgarró el aire... Tosca se cubrió el rostro con las manos... Aquel alarido le había desgarrado a ella el alma... Le pareció por un momento que aquel quejido de dolor le quitaba la vida, le paralizaba el corazón, le arrancaba las entrañas. Luego se lanzó con nueva furia sobre los soldados, que la dejaron pasar a una orden muda de Scarpia.

Tosca pudo llegar sólo hasta la ventana del comedor y miró a través de ella, descubriendo el cuadro espantoso que se desarrollaba en aquel lugar de tortura, en el que tantos idilios habían tenido lugar, que tan dulces recuerdos

conservaba de sus amores, que había estado hasta entonces envuelto en una nube de paz, de armonía, de idealismo, de espiritualidad... ¡y que ahora era un infierno de espanto y desolación!

Había visto a Mario, a su Mario, al hombre que era su vida, su ilusión, su esperanza, su todo, desmadejado en sus propias ligaduras, descompuesto el rostro, alteradas las facciones, sobre las que caían los cabellos húmedos de sudor, del trágico sudor de la agonía... Había visto cómo los esbirros arrastraban a aquellas carnes que ella amaba, que ella había acariciado tantas veces con dulzura infinita, los hierros candentes que se hundían en el pecho de su amante, torturándolo hasta lo inconcebible.

Enloquecida por la espantosa visión, se volvió a Scarpia y le gritó con un grito de fiera salvaje:

—¡Asesino!... ¡Asesino!... ¡Asesino!

El harón contestó con flemma:

—Señora... no soy yo, sino usted quien dirige el interrogatorio... ¿Dónde está Angelotti?

Tosca calló, se pasó la mano por los ojos como para ahuyentar una visión de pesadilla, miró con horror a aquel hombre que no sabía conmoverse ante el dolor humano y volvió a escupirle al rostro sus anatemas:

—¡Asesino!... ¡Asesino!

Otro alarido más prolongado, más angustioso, más hondo, como si ya la

voz que lo lanzaba fuera perdiendo fuerzas para quejarse, llegó hasta los oídos de Tosca, que lanzó un grito de angustia, arrojándose a los pies del harón:

—¡No! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Piedad, excelencia! ¡Le pido perdón!... Pero esto no... ¡esto no!

Sonrió el prefecto con masquiavólica sonrisa e hizo un gesto para que cesara el tormento.

—¿Dónde está Angelotti? —preguntó a Tosca con acento tranquilo.

La mujer luchaba, se desesperaba ante aquel dilema que era demasiado fuerte para su corazón.

—¡Si yo no lo sé!... —dijo, queriendo hacerse digna de su amado— ¡Si no sé nada!... ¿Cómo puedo saberlo yo?

Scarpia fué a levantar la mano para dar la señal de que continuara el martirio y Tosca, enloquecida, con los nervios rotos, con el alma vencida por el espanto de lo que había visto, con el horror reflejado en sus ojos enormes agrandados por el temor y la angustia, dijo, sin poder contenerse:

—¡Que no sigan!... ¡Se lo suplico! ¡Yo sé dónde está Angelotti!

—Buena, pues deme prisa... diga dónde está... ¿Qué ha sido de él?

—Angelotti ha huido... Pierde usted el tiempo buscándolo... ¡Ya está muy lejos de aquí! —replicó Tosca, reaccionando y buscando una respuesta que

no pudiera comprometer a nadie.

—No; de aquí no ha huído—afirmó Scarpia con rabia.

—¡Ah!... ¡Si me desmienten todo lo que yo digo!—murmuró Floria, y escuchando un ruido sordo, extraño, que llegó del comedor, preguntó con angustia, sofocada su voz en la garganta:

—¿Cómo?... ¿Empiezan de nuevo?

—No.

—Sí, sí... ¡He oído algo!... ¡Algo pasa ahí dentro!—gimió la diva acorazada y llorosa.

—Nada. ¡Se lo digo yo! — afirmó Scarpia, y preguntó a Schiarrone, que se asomó a la ventana en aquel momento:

—¿Qué hay, Schiarrone?

—Se ha desmayado...

Scarpia se volvió hacia Floria, condescendiente:

—¿Ve usted?... Tiene pocas fuerzas su amigo... Pero, continuemos... Angelotti está escondido... quizá aquí mismo, ¿no es eso?

—¡Ojalá fuera como usted dice! — exclamó Tosca con vehemencia—. No dejaría que torturaran así a su salvador...

—¿Su salvador?—inquirió Scarpia con irónico tono.

Tosca comprendió que había dado un paso en falso, y quiso negarlo.

—Usted misma lo ha dicho...

—¿Lo he dicho yo!... ¡Claro que lo he dicho yo!... Pero por culpa suya...

Usted me exige que hable, y yo tengo que decir cualquier cosa... lo primero que me viene a la imaginación...

—Acabemos... ¿Está escondido, si o no?

—No sé...—contestó la diva bajando la cabeza y en un tono débil, temiendo que comenzarían las torturas, aquellas torturas que, si desgarraban la carne del amado, hacían huella mucho más honda e inaguantable en su alma, en su pobre alma de criatura dichosa sometida por primera vez a una prueba decisiva.

Scarpia se dio perfecta cuenta de que era el momento decisivo, y se dirigió a Schiarrone, dando la señal convenida.

Aterrorizada, loca, Tosca se interrumpió:

—¡No, no, no!... ¡Lo sé!... Está...—se interrumpió, helada por su propia traición.

—¿Está...?—la ayudó Scarpia.

—¡Es espantoso!—gimió Tosca cubriéndose el rostro con las manos—. ¡Espantoso! No puedo denunciar a ese desgraciado para que lo maten...

—¿Está...?—insistió el barón.

—¡No puedo, no puedo decirlo!...—murmuró Tosca, sintiendo que las fuerzas la iban abandonando—. ¿No ve usted que no puedo?

Deshechos los nervios, aniquilado el espíritu, agotado su temperamento, toda ella fuera de sí, sintióse desfallecer

y cayó al suelo a lo largo de la tapia.

Scarpia se arrodilló a su lado, solícito y, tras una pausa, tomándole la mano, trató de persuadirla y arrancarle la anhelada confidencia:

—Vamos... ¡ánimo!... ¡Valor y su amante quedará libre!

—¡Dios mío!... ¡No me lo perdonaré nunca, nunca! — gimió Tosca con un sollozo de niña.

En voz baja le susurró el prefecto, tentándola:

—No lo diré a nadie... Vamos, hable. ¡Adelante!

La muchacha se había ido recobrando poco a poco y se incorporó, buscando valor y entereza en el mismo Mario, que tan gran maestro era en ella.

—Déjeme antes hablar con él...— explicó a Scarpia.

—¿Con Cavaradosi? ¿Por qué?

—Primero hablar con él. Luego todo lo que usted quiera—ofreció la cantante—. Pero primero verle... ¡Hablarle! ¡Se lo ruego! ¡Se lo suplico, báron!

Scarpia estimó aquella petición como una nueva crisis nerviosa de la cantante, como una crisis sentimental, y con mucha afectuosidad y dulzura la ayudó a alzarse del suelo:

—Está bien, concedido.

Apoyada en el brazo del prefecto, sin fuerzas casi para sostenerse, llegó Tosca a la casa y entró en el comedor,

temblorosa, débil, aniquilada por tantas emociones y tantos sufrimientos; pero apenas divisó a Mario, a quien rodeaban los esbirros, apenas vió aquel rostro martirizado, aniquilado por el dolor, aquel rostro amado bañado en sangre, aquellos ojos que la miraban desde el fondo de sus cuencas, como si en pocos minutos se hubieran hundido para siempre en abismos insondables, Tosca reaccionó y, corriendo a él, exclamó con ternura:

—¡Mario!... ¡Mario mío!... ¿Me oyes, Mario?

Cavaradosi, haciendo un gran esfuerzo, contestó que sí.

—Oye, Mario querido... ¡Estás agotado!... ¡Ya no resistes!... ¡Tampoco yo puedo resistir más! ¡Déjame que hable yo por tí! ¡Déjame que hable!—imploró.

El plató, fatigadamente, con una voz débil que parecía llegar de un mundo lejano y misterioso, contestó con entereza:

—¿Y qué puedes decir, desgraciada? ¡Tú no sabes nada!

—¡Amor mío!—insistió Fiora suplicante.

Las palabras de Cavaradosi, aunque pronunciadas con voz débil, estaban impregnadas de furia:

—¡Tú no sabes nada!—afirmó.

—No puedo dejar que te atormenten así, mi dulce amor—exclamaba Tosca con las manos tendidas en actitud de

súplica hacia su amante—. Mi carne sufro como la tuya... Mi espíritu no padece más...

Y para hacer más firme su ruego, se puso de rodillas ante Cavaradosi, diciéndole con una voz insinuante y llena de cariño:

—¡Oyeme, Mario! ¡Te lo pido de rodillas! ¡Mario mío adorado, dime, dime que hable!

El pintor, sin que le flaqueara la voluntad aunque sus fuerzas físicas estaban agotadas, siguió negando:

—¡No, no! ¡No tienes nada que decir! ¡Te lo prohibo! ¿Has oído?... ¡Te lo prohibo!

—¡Mario, te matarán esas fieras!— lloró Tosca.

—¡Te lo prohibo... te lo prohibo!— seguía diciendo el pintor con un hilillo de voz.

Scarpia creyó que la entrevista había durado bastante y ordenó que se sacara de la habitación a la mujer. Otros hierros puestos a la lumbré y que comenzaban a adquirir tonalidades cálidas, denunciaban bien a las claras que la tortura iba a continuar. Tosca salió cerrando los ojos para no ver aquel suplicio, que era muy superior a sus fuerzas y, apenas había traspuerto la puerta, un alarido, más débil que los otros, pero acaso más desgarrador, más ultrahumano, le hizo saltar en el pecho el corazón hecho añicos.

Dirigióse a Scarpia decidida a todo

y con un gesto mudo y trágico señaló el pozo.

Horrorizada de sí misma, se agazapó en un rincón, como si hubiera querido morir, ahora que había salvado a Mario.

El propio barón de Scarpia entró en el comedor para dar orden de que cesara el martirio:

—¡Ya basta!—dijo—. ¡Desatadlo!

Salió de nuevo y dió órdenes concretas para la captura de Angelotti.

—¡Nada de pistolas!—dijo a sus hombres—. ¡Quiero que le cojan vivo!

Mario quedó solo en el comedor, y al sentir que sus ligaduras se habían aflojado, tuvo un momento de humana debilidad y murmuró, sin poder contener su angustia:

—¡Cuánto sufro!... ¡Cuánto sufro!

Tosca había llegado hasta él sin dificultad y sin trabas. Se arrojó a sus pies, contempló a aquel hombre transformado en pocos minutos en un guiñapo humano, tuvo piedad de él, una infinita piedad dolorosa, y enjugándole el sudor de la frente, besándole con el cariño de una madre, purificada la pasión por el dolor, comenzó a mimarle con dulces palabras:

—¡Mario, vida mía!... ¡Mi dulce amor!...

—¿No has dicho nada, verdad?...—preguntó éste, obsesionado por su idea.

—¡Yo tampoco! ¡Aunque me hubieran matado a fuerza de martirios, nada

hubiera dicho!... ¡Estoy contento de ti... y de mí también!—murmuró, esbozando una leve sonrisa, que era como una mueca en aquel rostro desfigurado.

Tosca bajó la cabeza, avergonzada, humillada, vencida.

Cavaradosi la miró sorprendido.

—¡No!— exclamó, como si quisiera aumentar la duda que le asaltaba— ¡No!... ¡Tú no has dicho nada!...

Tosca le hizo callar con un gesto. Ordenó a Francisco, que también había quedado en libertad, que trajera aceite y lino para curar las heridas del martirizado, y comenzó a afanarse en torno a Mario, a fin de colocarle en más cómoda postura, de evitarle en lo posible los dolores espantosos de las úlceras abiertas por las hierros candentes, de rodearle de tanto cariño que le hiciera olvidar el sufrimiento y la mortal angustia pasados.

El galope de unos caballos en el jardín les hicieron permanecer silenciosos y escuchar las palabras que venían de fuera.

—¿Dónde está su excelencia?— preguntó el capitán Epoleta, que era el que acababa de llegar.

—Dentro— contestó el soldado.

—¿Han hallado al fugitivo?

—Sí, en el pozo— afirmó el interpelado.

Mario se incorporó como si hubiera sido picado por una víbora, miró con ojos desorientados a Tosca y la apartó

de su lado con un gesto violento, que le arrancó un quejido.

—¡Mario!... — murmuró Tosca pallidociendo mortalmente.

—¡No me toques!... ¡Márchate!... ¡Que no vuelva a verte más!... —gritó Mario, sacando fuerzas inverosímiles de su cuerpo atormentado.

Había logrado levantarse, aunque a duras penas podía tenerse en pie. Tosca tomó de manos del criado el aceite y el lino que éste había ido a buscar e intentó acercarse de nuevo a Mario para curarle las heridas.

—¡Mario, amor mío... mi vida!

—¡Vete, vete!— gimió él con un gemido débil, de niño quejumbroso. Y luego, reaccionando con energía, repitió con voz de hombre al que un arroyo de la vida acaba de arrancarle la última esperanza: ¡Vete!... ¡Vete!... ¡Que no te vea jamás!

Scarpia, oculto en la penumbra, atisbaba lo que sucedía en el comedor, y así fué sorprendido por Epoleta, que llegó a él jadeante, diciendo:

—Señor barón... debo hablarle en seguida...

—Adelante... ¡Habla! — replicó el prefecto, molesto por haber sido sorprendido en aquel acto de sádico espionaje.

Epoleta, ante la presencia de Mario y Tosca quedó cohibido.

—No aquí...— murmuró—. Se trata de cosas graves.

—Razón de más para decirías pronto...

El capitán dudó unos momentos, y luego dijo, balbuciente:

—La victoria de Marengo...

—Sí... ¿qué? ¿La victoria de Marengo...?— repitió Scarpia, ayudando al capitán.

—¡Ha sido una derrota, señor barón! El general Melás ha huido y Bonaparte marcha sobre Roma...

Mario, vencido por el dolor de sus numerosas heridas, había dejado que Towa se las curara; pero al escuchar de labios del capitán Espoleta la maravillosa noticia, soltó una carcajada, una estrepitosa carcajada que encontró eco en todos los rincones dormidos de la casa y, sin preocuparse de su dolor, sin pensar en sus heridas, se incorporó, se puso en pie con una fuerza incomprendible y sorprendente y cruzó el comedor a grandes pasos, llegó hasta la puerta de la casa, rechazó de un empujón al soldado que montaba la guardia y salió al jardín.

Todos le miraban con asombro, creyendo que se había vuelto loco, y que aquella locura era la que le daba la inusitada fuerza.

Mario fué directamente al pozo, en torno del cual se desarrollaba una escena de frenesí, de aquejarre: los soldados daban grandes gritos sosteniendo gruesas cuerdas, se apretujaban alrededor del brocal, chillaban con furia,

mientras del fondo del agujero subía un rumor extraño, sordo, apagado por la distancia y la profundidad, como de gentes que pelearan en un cuerpo a cuerpo terrible y espantoso.

Mario se acercó a la boca del pozo, formó con sus manos una bocina y gritó con las fuerzas que le daba la alegría:

—¡Angelotti!... ¡Angelotti! ¿Me oyes?

Angelotti, en su escondrijo, se libraba a la más terrible de las batallas: situado en lugar preferente, veía llegar a los soldados, que se deslizaban por las cuerdas, y con un supremo esfuerzo, con el esfuerzo del que se debate entre la vida y la muerte, les esperaba, se arrojaba sobre ellos, luchaba unas instantes cuerpo a cuerpo con sus perseguidores y lograba hacerlos caer al fondo de la sima, donde se escuchaba el chocar del cuerpo con el agua y los últimos estertores agónicos del que allí había ido a parar.

Aprovechando una breve tregua en aquella lucha, Angelotti pudo replicar a la vez que desde arriba le llamaba:

—¡Sí, Mario, te oigo!

Mario, de bruces sobre el brocal, le gritó más fuerte aún, para que pudiera oírle con toda claridad:

—¡Bonaparte ha vencido y marcha sobre Roma!

—¡Viva la libertad!—gritó con júbilo Angelotti desde el fondo de su pri-

sión, que bien podía ser su tumba al mismo tiempo.

En efecto, nuevos esbirros se precipitaron por las cuerdas para capturar al insurrecto; hubo un momento de trágico silencio, mientras se deslizaban a lo largo del pozo, hasta dar alcance a la galería subterránea. Angelotti se precipitó sobre sus enemigos, pero esta vez eran superiores en número; cayeron sobre él como fieras hambrientas y en el esfuerzo que el perseguido hizo por deshacerse de ellos, todo el racimo humano se precipitó en el abismo.

Unas gritos, unas voces de auxilio, unos últimos estertores... ¡y luego nada! ¡La muerte había puesto paz en el trágico interior del pozo de la "viña" de Mario Cavaradosi!

Comprendiéndolo así los soldados que quedaban en torno al brocal y, tras el momento de estapor de aquella escena imaginada, se apoderaron de Mario y lo llevaron arrastrándole hasta el prefecto.

—¿Qué hacemos de él, excelencia? —preguntó el capitán Espoleta.

—Llévadlo al castillo de Sant'Angelo... Será fusilado mañana, al amanecer.

—¿Y la mujer?

—Llévadla allá también.

Espoleta saludó militarmente y ya iba a retirarse cuando Scarpia le detuvo y le dijo, mirándole fijamente:

—No olvides que esa mujer es amiga mía... Trátala con el miramiento que merece.

—Está bien, excelencia.

—Si le ocurriera alguna cosa desagradable, tú serás el que responda de ello.

—A las órdenes de su excelencia —replicó Espoleta, haciendo nuevamente el saludo militar.

Todo había terminado. El pelotón, custodiando a los dos prisioneros, regresó a paso lento y tranquilo hacia la ciudad, en dirección a la fatídica fortaleza.

CAPITULO IX

Sobre el fondo de un cielo estrellado y sereno, se destacaba, negra y sombría, la mole siniestra del castillo.

Bajo los arcos del puente se cobijaban, para pasar la noche al abrigo de aquel techo, vagabundos que dor-

mian apoyados en las grandes pilstras que lo sostenían, o que ahuyentaban sus pesadumbres con viejas canciones llenas de nostalgia.

Mario, acostado en el camastro de su celda, con los ojos fijos en el rotazo de firmamento que lograba vislumbrar a través de los gruesos barrotes de la reja, contemplaba la luz titilante de las estrellas, que parecían lágrimas de amor prendidas en el manto de la noche, y escuchaba con melancolía los ecos de aquella canción que venía de allá, de las orillas del Tíber, cantada por quien sabe qué nostálgico amante.

Resistía Mario con firmeza el dolor que le causaban las heridas y su recuerdo iba con placer amorosa — ¿afinidad de la canción tal vez? — hacia su amante.

Tosca, en aquel mismo momento, horta del cambio nocturno de la guardia, cruzaba el laberinto de pasillos que separaba las celdas de los presos de las habitaciones particulares del barón de Scarpia.

Iba guiada por el capitán Espoleta, quien llamó con los nudillos en la puerta de la antecámara del prefecto.

— ¡Adelante! — dijo éste, que ya estaba esperando aquella visita.

Espoleta cedió el paso a Tosca, que penetró en la estancia, dando en ella unos pasos y quedando parada en actitud de espera.

El barón de Scarpia, que acababa de

llegar, entregaba a su criado la capa, los guantes y el sombrero.

Otros dos criados penetraban por una puerta excusada, llevando una mesita servida de un cubierto.

Schiarrone esperaba órdenes con la cartera bajo el brazo.

— ¿Qué hora es? — preguntó Scarpia a su secretario.

— Excelencia, ya han tocado malicio.

— ¿La ciudad está tranquila?

— Tranquilísima, excelencia... El señor gobernador ha hecho reforzar las centinelas y toda la guarnición está en armas.

— ¡Precación inútil! Esta victoria de los franceses ha excitado los ánimos menos de lo que creíamos.

Schiarrone se retiró a la llegada de Tosca. Scarpia se volvió a ella y, sin prias, le dijo:

— Señora, creo que ha preguntado usted por mí... No he correspondido antes a su deseo porque regreso ahora. Su Majestad me ha entretenido hasta hace un momento... Siéntese... haga el favor. Le escucho...

En actitud galante se acercó a una butaca, ofreciéndusela a Tosca.

— Quiero que me pongan en libertad — dijo Florja, que se encontraba al fondo de aquella inmensa habitación.

Scarpia le contestó sonriendo:

— ¡Está ya libre, señora!

—¿Y se me deja salir?—inquirió ella, dudando.

—Ahora duré la orden.

Tosca pareció que no quería oír más que aquellas palabras, pues se dirigió apresuradamente hacia la puerta.

—Un instante, señora... Supongo yo que su intención es correr al palacio Farnesio y echarse a los pies de Su Majestad para implorar gracia para el caballero Cavaradosi, ¿no es esto?

Tosca miró inquieta a aquel hombre que tan bien adivinaba sus pensamientos, y no contestó.

—Hágalo, si quiere—siguió diciendo Scarpiá—. Pero debo advertirle que le faltará el tiempo material... Queda apenas una hora de noche... y hemos de proceder a la ejecución del caballero antes de que salga el sol...

La diva miró al barón aterrorizada. La idea de que no le quedaba esperanza alguna le martilleaba el cerebro, como si quisiera volverla loca.

Scarpia se acercó a ella y la obligó a sentarse con un gesto galante, pero Tosca ya había tenido ocasión de saber que bajo aquel gesto había siempre la llama de un vil deseo, que él no sabía dominar nunca.

—Señora... yo la amo a usted... y usted lo sabe—le dijo, melifluo e insinuante—. En cierto momento que usted no habrá olvidado, le hablé de matrimonio y me replicó con una carcajada de burla... Y seguramente hubiera seguido

cometiendo locuras de ese género sin la experiencia postrera...

—¡Sálvelo, Scarpiá, y haré cuanto usted me mande!—imploró Tosca, que tenía los ojos enrojecidos por el llanto y la voz opaca por los sollozos.

—¡La experiencia continúa!—siguió diciendo el barón—. ¡Lástima de lágrimas! Esas lágrimas, que me turban, iluminan mi situación mejor que cualquier discurso... Hoy, durante su interrogatorio, viéndola a mis pies, tan hermosa y doliente, sufría yo tanto como usted... y acaso más que él... ¡Oh, Tosca, en aquellos momentos he comprendido que ya nunca podrá usted amar a otro hombre como le ha amado a él!

—Pues entonces... si comprende... ¡Sálvelo, por piedad! Si es verdad que me ama, ¿no sería una satisfacción para usted hacernos feliz, devolviéndonos al hombre amado?

—No—contestó el barón en perfecta calma, con una sangre fría que quitó a Tosca toda esperanza—. No; esas satisfacciones de orden tan elevado me dejan completamente indiferente... He decidido curarme de ese mal que me curro con otro sistema mucho más práctico...

—El tiempo pasa, barón... ¡El tiempo pasa!—suplicó la infeliz, que veía avanzar con inenarrable angustia las manecillas del reloj—. ¡Sea generoso!

Tosca sentía una inquietud atormentadora. No podía precisar, a punto fijo,

dónde irían a parar las maquinaciones del endiablado barón. Pensó por un momento que si era dinero lo que apetecía, ella estaba en situación de afrontar la cantidad que le pidiera. Lo vendería todo, todo... ¡Hasta ella misma, si era preciso! ¡Oh, con tal de salvar a Mario, estaba dispuesta a todos los sacrificios, a todas las degradaciones!

Se debatía en un mar de incertidumbre, cuando las palabras del que tenía entre sus manos la vida del ser amado, la volvieron a la realidad.

—Un solo remanente tiene mi desesperado amor hacia usted... ¡el olvido! — decía Scarpia, como si sostuviera consigo mismo un soliloquio—. Es evidente. Si quiero recuperar el sueño, el apetito, el interés por las cosas de la vida, necesito absolutamente olvidarla. Y para llegar a olvidarte, Tosca, necesito que seas mía... —concluyó acercándose mucho a ella y quemándola con su aliento.

—¿Cómo? — murmuró Tosca, sin querer creer en aquella monstruosidad.

—Digo que he decidido hacerte mía —repitió él muy lentamente, para que comprendiera bien el alcance de sus palabras.

—¡Miserable! —le escupió Tosca al rostro—. ¡Miserable!... ¡Preferiría antes arrojarme por esa ventana!

—Pues, hazlo —contestó él con calma—. En todo caso, tú eres la que ha

de decidir: Di un "sí", y yo le salvo... un "no", y le fusilo.

Tosca se levantó de un golpe y quiso huir de aquella fiera humana. ¿Qué clase de hombre era aquel? Calculador, frío, ambicioso, degenerado, traidor, asesino, canalla... Jamás, en su vida de artista, obligado a soportar entre escenas y fiestas el desenfado, los eguismos o los apetitos de los hombres, había encontrado una alimaña semejante.

Le anunció, amenazadora:

—¡Despertaré a toda la ciudad para proclamar tu infamia!

—No lograrás despertar al muerto —contestó Scarpia sin perder su aplomo y su indiferencia.

Y luego se acercó más a ella y le dijo, resueltamente:

—Tosca, sé razonable...

La diva sintió una oleada de asco y de disgusto, y comenzó a gritar pidiendo socorro:

—¡No te acerques a mí! ¡No me toques! ¡Socorro! ¡Auxilio! ¡Favor! ¡Piedad!

Scarpia la dejó que se desahogara, se acercó al ventanal con paso lento y le dijo:

—Como nadie te oirá y nadie acudirá a tus gritos, pierdes el tiempo en exclamaciones inútiles... ¡Estás en mi poder!

Hizo una pausa fijando su atención en las cosas de fuera, como si le inte-

resaran mucho, y luego llamó la atención de Tosca:

—Mira... el horizonte comienza a aclararse por el este y a tu Mario sólo le queda un cuarto de hora de vida... a menos que tú...

—¡No, no, no!... ¡No quiero! ¡No podría!—replicó ella con un gesto de desprecio, con un grito de rebeldía.

—Bien—replicó el barón, como si estuviera ya zanjado el asunto. Y acercándose a su mesa de despacho, agitó una campanilla, a cuyo sonido penetró en la habitación el capitán Esposito.

Iba a darle las órdenes oportunas para el fusilamiento; pero Tosca, adivinando, se interpuso entre él y el capitán en actitud de súplica. Scarpia rogó a Esposito que esperara unos momentos, momentos que concedió a la diva para que resolviera aquella situación que únicamente ella podía resolver.

Comprendió Tosca que todo había concluido, que todo estaba en contra suya, y se acordó de las muchas veces que el prefecto le había pronosticado que domaría su cólera, que humillaría su orgullo, y pensó que el momento era llegado, sintiendo que todas sus fuerzas la abandonaban.

Por esto, cuando Scarpia le preguntó, con la misma galantería con que hubiera ofrecido una copa de champaña:

—¿Acepta?...

No tuvo fuerzas para seguir negando.

El silencio que siguió a aquella pregunta fué claro exponente de su claudicación.

Scarpia hizo un gesto significativo a Esposito, y le dijo:

—Buena, capitán, acércate... ¿Está bien cerrada la puerta?

—Sí, excelencia—replicó Esposito después de comprobarlo.

—Oyente bien, capitán—continuó el barón—. Dentro de una hora, procede a la ejecución del señor Cavaradosi.

Tosca se sobresaltó al escuchar aquella afirmación rotunda, pero el barón la tranquilizó con el gesto, continuando:

—El condenado será llevado al muro de las ejecuciones... pero su ejecución será simulada... Una descarga sin bala...

—¿Una ejecución simulada, señor barón?—preguntó el capitán con gran asombro.

Una imperceptible mirada de su prefecto y la precisión de las órdenes que le siguió dando, llevaron más luz a su cerebro.

—Precisamente simulada... ¿comprendes?... Exactamente igual en todo a la ejecución simulada que se hizo ayer mañana con el conde de Palmieri... ¿Has entendido?

El capitán Esposito había comprendido muy bien todo cuanto se le quería decir y así lo expresó su rostro, sin que cupiera ningún género de duda.

—Perfectamente, excelencia — dijo con frase formularia, mientras cambiaban los dos un signo de inteligencia.

—Tú, personalmente, cargarás los fusiles con pólvora... ¡se entiende! El preso se dejará caer, al escuchar la descarga... Después lo sacasés tú mismo del castillo y lo llevarás hasta el coche de esta señora, en el que subirás para acompañarles hasta que salgan de Roma por la puerta Angélica.

—¡Comprendo, excelencia! — murmuró Esposito, asustado él mismo de la sangre fría con que el prefecto estaba engañando a aquella mujer.

Antes de que el capitán se retirara, Tosca, tocando el brazo del barón, le suplicó:

—Quisiera avisarle yo misma...

—Fué bien—accedió generoso el prefecto.

Y llamó a Esposito, que estaba junto a la puerta:

—¡Un momento, capitán! La señora está en libertad y tiene mi autorización para circular por el castillo y acercarse al preso... Le dará ella misma las instrucciones pertinentes y podrán estar juntos hasta el momento del fusilamiento. ¡No te olvides de nada y que se me deje en paz hasta que yo llame!—añadió, con otro signo maligno en los ojos.

El capitán asintió y salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Tosca y Scarpia quedaron solos. ¡So-

los después de tantas seguridades y tantas vacilaciones!... ¡Solos después de aquel forcejeo terrible, frente a frente!

El barón miraba a Tosca, y a sus ojos asomaba, ardiente y avasalladora, la hoguera de su imana pasión. Fue lentamente hacia la puerta de su alcoba, ricamente amueblada, con refinamientos de sibarita, y mientras hablaba, nervioso, desbocado de deseo, echó con cuidado los dos pestillos que cerraban la puerta.

—¿Estamos de acuerdo? —preguntó a Tosca, que no se había movido y que tenía el espanto reflejado en los ojos.

—No...—contestó ella, casi sin voz.

Scarpia se acercó a la diva con ánimo de tomar violentamente lo que parecía querer negársele, y dijo, empujado por la pasión:

—Creo que ya lo he dispuesto todo...

—Todavía no—replicó ella—. Quiero también un salvoconducto que nos permita salir de los Estados Romanos esta misma noche.

El barón de Scarpia depuso su actitud agresiva, que trocó por una amable sonrisa, mientras respondía:

—Naturalmente, querida mía, naturalmente...

Mirando de soslayo a Tosca, se acercó a la escribanía, se sentó frente a la mesa con altanera parsimonia, como el que va a dignarse hacer un señalado favor, mojó la pluma en el tin-

tero y comenzó a escribir, repitiendo en voz alta lo que su mano iba trazando:

Ordeno a todas las autoridades que dejen salir de la ciudad de Roma y de los Estados Romanos, a la señora Tosca y al caballero que la acompaña... Vitellio Scarpia, Prefecto de Policía romana.

Tosca le miraba con repugnancia invencible; iba siguiendo todos sus movimientos, y, aproximándose con mucha cautela a la mesita supletoria donde estaba servido el cubierto que el barón ni siquiera había intentado probar, se apoderó de un cuchillo, cuya acerada hoja hacia rato la alucinaba con su reflejo, y lo empuñó con furia, escondiendo detrás de la espalda su diestra armada con aquella arma que podía serle una gran defensa.

En aquella actitud, parecía una tigresa en celo; se comía con los ojos al prefecto, se sentía fuerte y dominante, y deseaba que terminara cuanto antes de diligenciarle el documento, para poderle dar la merecida recompensa...

El barón, ajeno a las maquinaciones de la diva, muy gentil, selló el salvoconducto y se acercó a Tosca agitando al aire la hoja escrita, para que se secara la tinta más rápidamente. Antes de llegar a la machacha dobló el papel con sumo cuidado y se lo entregó.

Tosca tendió la mano izquierda para

recibir el pliego, lo examinó con cuidado y lo guardó en el pecho.

El barón de Scarpia, al ver aceptado como bueno el último servicio que se le mandara, enlazó a Tosca con un abrazo brusco, que fué violentamente rechazado.

Volvió él al ataque; pero ella, vengadora y terrible, hallando fuerzas en su corazón de enamorada, se precipitó sobre Scarpia y lo apuñaló valientemente.

Se cruzaron sus miradas un momento: triunfante la de ella, mortecina, con las últimas luces de la vida que se extinguía, la de él... Pero en aquella mirada se dijeron un mundo de cosas...

Un detalle olvidado costaba la vida a aquel hombre que hasta entonces había hecho temblar a toda la ciudad, y que ahora se desplomaba sobre el suelo, presa del estertor agónico.

Moría a traición; una traición como las que él acostumbraba hacer. En aquella puñalada traicionera había un odio terrible, un odio que se bañaba en su propia sangre, y había también el ansia de defensa, por la que clamaban las más delicadas fibras del alma de una mujer sensible, pisoteadas cruelmente y sin piedad.

Tosca se inclinó sobre el cuerpo que yacía exánime, comprobó que estaba muerto y, tomando de una mesa dos

candelabros, los colocó a ambos lados del cuerpo tendido en el suelo.

Aun hizo más... Llevada de su corazón cristiano, penetró en la habitación privada del barón, descolgó un crucifijo que había en la cabecera de

la cama y lo colocó sobre el pecho del muerto.

Y, tras dirigir una nueva mirada al cadáver, se encaminó a la puerta, abrió, cerrándola rápidamente otra vez, y fué en busca del capitán Esposito.

CAPITULO X

El capitán Esposito no se sorprendió al ver llegar a Tosca a su cuarto de guardia.

—Llévenme donde está el preso —ordenó ella, como si tuviera derecho a ordenar.

Esposito y su ayudante se pusieron a disposición de la diva, encaminándose a la celda de Mario Cavaradosai.

Al abrir la puerta de la capilla de los condenados a muerte, nada denotaba allí tan trágico destino, pues Mario, tendido en su camastro, esperaba en perfecta calma la hora suprema.

Tosca entró seguida del capitán, corrió junto a Mario, que hizo un esfuerzo, para incorporarse, y los dos se unieron en un abrazo estrecho, frenético, desesperado.

—¿Me has perdonado?— preguntó ella, besando aquel rostro tan querido,

aquel rostro en el que el sufrimiento había puesto palidores de nácar.

—¡Tosca!... ¡Tosca mía!—murmuró Mario. Y repetía una y mil veces el nombre querido, como si quisiera hacer olvidar los reproches pasados.

La muchacha se separó de los brazos de su amante para rogar a Esposito que los dejara solos y que cerrara la puerta.

Mario se sorprendió al ver que el capitán obedecía las órdenes. No acertaba a comprender todo aquello, y pensó que era una complacencia de última hora concedida por Scarpia: las satisfacciones que se proporcionan al adiós definitivo.

Quiso mostrarse tranquilo y contento, para dar ánimo a su amada, pero sus movimientos le arrancaron un lastimero quejido.

—¿Sufrás?—le preguntó Tosca volviendo a su lado y rodeándole con amorosidad.

—Sí... un poco.

—¿Amor mío!... ¡Podré curarte, cuidarte, hacerte olvidar todo el daño que te he hecho! Dentro de poco estaremos lejos de esta horrible ciudad, libres de peligros. ¡Tengo tu indulto!—gritó con entusiasmo, mostrando el papel firmado por Scarpia.

—¿Mi indulto?—preguntó él, asombrado.

—¡Completo!—añadió Tosca.

Mario besó con cariño aquellas manos suaves como azucenas, pero dudando de que tanta dicha pudiera ser cierta, inquirió:

—¿De Scarpia?

—De Scarpia... ¿verdad, capitán?—preguntó a Espoleta, que había quedado junto a la puerta.

El aludido intervino en la conversación:

—Su excelencia me ha dado órdenes que confirman cuanto dice la señora.

Tosca explicó precipitadamente, presa de una indecible alegría, mientras acariciaba y besaba a Mario entre lágrimas y risas:

—Verás... harán como que te fusilan en apariencia, ¿comprendes?... Pero los fusiles estarán cargados con pólvora. Para más seguridad, el capitán mismo está encargado de cargarlos, ¿no es cierto?... Dígame usted mismo... a

mí no quiere creerse—repetía la muchacha, mimosa.

—Cargados por mano mía. Esta es la orden formal de su excelencia—afirmó el capitán.

—¿Le ves? ¡Te lo dice él!... Ahora te conducirán a la plataforma... sin testigos. Los soldados dispararán... tú caerás al suelo como si te hubieran herido. ¡Como yo cuando me muero en el teatro! ¡Cuando caigas, piensa en mí y procura hacerlo con toda naturalidad! ¡Mira, mira el salvconducto, Mario!—exclamaba Tosca, que tenía una agitación loca, provocada por la alegría de haber conseguido la libertad del hombre amado.

Examinó él, preñado de auspicacias y recelos, pues se le hacía difícil creer en aquella inusitada generosidad del harón de Scarpia, el papel que Tosca ponía ante su vista, y murmuraba:

—¿Es posible... es posible tanta felicidad?

—¡Seguro, Mario, seguro!—exclamó Tosca, volviendo a abrazarle apasionada y trémula de dicha.

Espoleta indicó la conveniencia de apresurarse y no aguardar a que el día se levantara por completo, ya que tiempo tendrían después sobrado de abrazarse y charlar con calma, cuando estuvieran lejos de allí.

—Mis hombres están esperando—dijo—. He puesto los fusiles en sitio

seguro. Voy a dar unas órdenes y vengo a buscarlos.

Tosca se le aproximó, en un ímpetu de agradecimiento:

—Sí, sí, capitán. Vuelva pronto. ¡Se lo agradeceremos siempre!

También a ella le parecía imposible tanta ventura; se sentía dichosa como una colegiala; hubiera querido cantar, brincar, reír; pero debía contenerse para no llamar la atención; no podía olvidar que se estaba despidiendo de un condenado a muerte...

Mario, venciendo el dolor físico de sus heridas, consiguió ponerse en pie y, cogiendo a Tosca por los hombros, la miró al fondo de los ojos y le preguntó con voz sombría, asaltado de negros temores:

—¡Desgraciada!... ¿Con qué precio has pagado mi salvación?

—¡Con una cachillada! — replicó ella.

Cavaradosi quedó confuso y avergonzado por aquella duda.

—¿Lo has herido?—preguntó.

—Lo he matado—contestó Tosca. Y era su voz la voz terrible de la venganza.

Mario la estrechó fuertemente entre sus brazos y la besó apasionado, como premio a su valerosa acción.

Teniéndola así, entre sus brazos, el pintor le dijo a media voz:

—Flucia... la idea de la muerte me dejaba indiferente. Lo que me entris-

tecia era el pensamiento de no volverte a ver... ¡Tú lo eres todo para mí! ¡Tú eres la sola razón de mi existencia! ¡He sufrido tanto al pensar que iba a perderte para siempre!

—También yo he sufrido mucho, mi vida, mi dulce amor... ¡Pero ahora seremos felices!

La puerta de la celda se abrió de nuevo y entró Espoleta.

—¿Está preparado, señor?

...

Al puesto de guardia establecido al iniciarse los pasillos que en confuso laberinto ponían en comunicación las diversas dependencias del castillo de Sanángelo, acababa de llegar un oficial que venía del palacio Farnesio y que preguntó al sargento por su excelencia el prefecto de policía.

—Le llevaré a hablar con su secretario—replicó el guardia, disponiéndose a acompañarle.

Cruzaron aquella mañana de losas iguales que, contadas, sumarían centenares de miles, y se detuvieron ante la puerta de la habitación de Schiarrone.

El sargento, después de llamar con los nudillos, abrió la puerta.

Schiarrone dormía sobre su cama de campo y se levantó con gran rapidez, vistiéndose precipitado el uniforme.

El oficial dio cuenta de sus deseos.

—Quiero hablar con su excelencia, el prefecto de policía.

El secretario le advirtió que las órdenes de su excelencia eran de que no se le molestase por ningún motivo.

—Es orden de Su Majestad—atajó el oficial.

—¿Cosas graves?

—Corren voces de que Bonaparte viene a Roma...

Ya era llegado el momento; pero convencidos de la ficción que se iba a representar, la escena no tenía patetismo alguno ni para Tosca ni para el propio Mario Cavaradosi.

—Sí, capitán, sí, ya está preparado—había contestado Tosca a la pregunta de Espoleta.

Examinó la joven con curiosidad el piquete de soldados que aguardaban a la puerta, al mando de un oficial.

Después de hablar a Espoleta sin ser oída, se abrazó a Mario, haciendo como que se despedía de su amante por última vez y, bajando mucho la voz, dijo al oído del capitán:

—¿No puedo acompañarle?

—¡Ah, no, señora! Es mejor que nadie le vea... y que salga después de la descarga.

Tosca preguntó, para orientarse:

—¿De qué parte está la plataforma?

—De ésta... bajando por la escalera.

—Está bien... ¡No me haga esperar demasiado!

—¡Oh, en cinco minutos, todo arreglado!—replicó el capitán con una enigmática sonrisa.

Flora abrazó otra vez a Mario y le dio explicaciones y consejos como si fuera a salir a escena:

—Haz bien tu papel... Cáete de golpe, ¡Haz un buen muerto!

—No te apures; procuraré morirme con toda propiedad—la embromó Mario, reteniéndola entre sus brazos.

—Vete, Mario... Tendremos tiempo de abrazarnos luego...

Mario salió, siguiendo a Espoleta, colocándose en el centro del pelotón.

El oficial dió el grito de: "¡Armas al hombro!", y las fuertes pisadas del grupo resonaron en los pasillos y fueron perdiéndose en la lejanía.

Ya en la terraza del castillo y mientras el capitán Espoleta y Mario subían los últimos peldaños, el oficial colocó en punto estratégico a los soldados, dejando al pelotón en posición de firmes, yendo a colocar al reo en el lugar preciso, el mismo que sobre igual hora del día anterior había ocupado el desdichado conde de Palmieri.

Mario, aun convencido de que era nada más que el protagonista de una farsa, estaba conmovido, porque aquella farsa, sin la ayuda milagrosa de su amante, hubiera sido una fatal realidad.

Tosca había quedado en la celda, planeando en su cerebro la mejor manera

de escapar tan pronto como el simulado fusilamiento se llevara a cabo. Pensaba llegar con sus caballos en menos de cuatro horas a Civita-Vecchia, en cuyo puerto embarcarían para ir lejos, muy lejos, a gozar de su inefable felicidad...

Pero sus cavilaciones quedaron en suspenso.

—¡Cuánto tardan!—pensó, no oyendo en torno suyo más que el sombrío silencio del castillo— ¿Qué ocurrirá?

Salió de la celda y comprobó que ya amanecía y, sin esperar más, se encaminó hacia la plataforma donde iba a ser fusilado el pintor Mario Cavardosi.

Llegó hasta la puerta de acceso a la terraza, donde el capitán Espoleta le impidió el paso, mostrándose muy contrariado por su presencia.

Tosca no podía contener su inquietud y su curiosidad, pues hasta ella llegaban claras y terminantes las voces de mando que preceden a los fusilamientos.

Acercó la cabeza a la puerta y pudo distinguir a Mario, firme y sonriente, rechazando la venda que le presentaba el sargento.

A poco oyó el ruido de cargar los fusiles. Después percibió la voz del oficial ordenando el último movimiento de las armas. El corazón le saltaba en el pecho. Se apresujó contra Espoleta, nerviosa y emocionada; también ella

pensaba que aquella farsa podía ser realidad, y este solo pensamiento ponía tensos sus nervios y paralizaba la marcha de su sangre en el corazón.

—¡Apunten!—oyó que gritaba el oficial.

Mario levantó el farol a la altura del pecho para que sirviera de blanco y dirigió una mirada de admiración y cariño a Tosca, a la que había descubierto en la penumbra, al lado de Espoleta.

—¡Fuego!—volvió a gritar la voz de mando.

Se oyó una descarga y el choque de un cuerpo al dar en el suelo en brutal caída...

* * *

Schiarrone y el enviado especial de Su Majestad, después de cambiar sus breves impresiones, salieron por el pasillo lateral que conducía a las habitaciones del prefecto de policía, uniéndose a ellos el ayuda de cámara del barón, que no se había alejado por si su amo le reclamaba.

Schiarrone llamó a la puerta con alguna insistencia, sin recibir contestación, redoblando sus llamadas y decidiéndose a penetrar en la cámara ante aquel inusitado silencio.

Por el amplio ventanal entraba la luz débil y opaca del amanecer, que ponía sombras siniestras en el cuadro de horror que se desplegó a la vista de

los que llegaban: en medio de la gran sala y bañado en su propia sangre yacía el cuerpo inanimado del barón de Scarpia.

—¡Pronto, un médico!—gritó Schiavone al criado.

Y un oficial que había acudido a los gritos de espanto dados por quienes acababan de descubrir la tragedia, dijo:

—Le ha matado esa mujer...

—¿Qué mujer?

—¡Ella!—afirmó el oficial—. ¿Quién iba a ser? ¡Tosca!... Avise al cuerpo de guardia y que refuercen las rondas.

El oficial salió corriendo con dirección a la terraza y dio a un sargento al pasar, las órdenes precisas.

Apenas había pasado un segundo desde que sonara la descarga y a Tosca le parecía que era un siglo lo que estaba transcurriendo. Su impaciencia la dominaba. Su inquietud la impedía estar quieta. Cogió fuertemente el brazo de Esopoleta, que se retiró de ella con suavidad, indicándola con el gesto que no se moviera, que no se descubriera hasta que todos hubieran desaparecido.

Esopoleta se acercó al oficial, impidiendo que disparase el golpe de gracia contra Mario y, dando por terminada su misión, reunió a los soldados y salió con ellos de la plataforma.

Tosca, firme en su puesto, esperó a que todos desaparecieran. El corazón

parecía querer saltársela del pecho y se lo apretujaba con las manos para calmar su inquietud. Cuando estuvo sola, con muchas precauciones, se acercó al caído y murmuró, agitada:

—Se han ido ya... Pueden moverte... ¡No hay nadie en la plataforma! ¡Mario, levántate!... Date prisa... ¡Vamos!

Mario no hizo el menor movimiento. Tosca sintió que la sangre se le helaba en las venas. Una terrible sospecha cruzó su imaginación. Hincó la rodilla en el suelo y tocó aquel cuerpo rígido, sin vida, aquel cuerpo traspasado por las balas, aquel cuerpo helado por la muerte...

Lanzó un grito de espanto y desolación; se incorporó vivamente, volvióse airada, desafiando todos los peligros... ¡Qué le impartaban a ella los peligros, si él, la luz de sus ojos y el alma de su vida ya no existía! Y corrió desolada en busca de los que habían cometido aquel acto bárbaro, aquel homicidio, aquella traición que ya no tenía remedio... Pero se detuvo en medio de la plataforma y volvió sobre sus pasos, arrojándose sobre el cadáver, que estrechó frenéticamente entre sus brazos, selluzando loca, con unos collozos que le destruían el alma.

Alzó un momento la cabeza y vió a Esopoleta que la miraba.

—¡Asesino!—le gritó—. ¡Asesino!... ¡Mil veces asesino! ¡Eras tú quien tenía que salvarlo!

—Hacérselo creer, señora— corrigió friamente el capitán—. Y fusilarle como al conde de Palmieri. ¡Esta era la orden de su excelencia!

Tosca ya no le oía; para ella la vida se había paralizado desde aquel instante, se había helado en el corazón del muerto... ¡Sólo existía en el mundo, para aquella desdichada mujer, el cadáver de su amado! Y lo abrazaba sobre su pecho y lo llenaba de besos, y le decía palabras de ternura, como si pudiera escucharla:

—¡Vida mía! ¡Luz de mis ojos! ¡Mi dulce amor!...—murmuraba, repitiendo aquellas frases que tantas veces le había dicho en sus transportes de felicidad y de pasión.

No se dio cuenta Tosca de que llegaba a la plataforma Schiarrone con el rostro descompuesto, que apostaba vigilancia en todas las puertas y que se acercaba a Espoleta para hablarle en voz baja.

Ella estaba allí, abrazada a Mario, olvidada de todo lo que no fuera su propia gran tragedia, ajena a cuanto no fuera aquella espantosa traición que con ella habían cometido y que le había arrancado las entrañas, hechas añicos al robarle lo que ella más amaba en el mundo, su única razón de existir.

—¿Muerto?... — preguntó Espoleta, mirando fijamente a Schiarrone y vol-

viendo la cabeza para mirar a Tosca, que seguía gimiendo alocada.

—¡Muerto!... ¡Le ha matado de una cuchillada!—explicó Schiarrone.

El grupo iba nutriéndose con nuevos oficiales y soldados, que acudían a la noticia de que era Tosca la asesina de Scarpi, mientras ella seguía ajena a todo cuanto pasaba a su alrededor, atenta únicamente a su pena.

Espoleta preparó su pistola.

Tosca se puso en pie en aquel momento; su mirada vagó errante, como regada por los fulgores del sol naciente; miró en torno suyo y se dio de pronto cuenta del contingente de fuerzas que la cercaba.

Comprendió en un momento que había sido descubierto el cuerpo del héroe de Scarpi, pero no sintió emoción ni miedo; la más completa indiferencia se había apoderado de ella.

Espoleta, apuntando su pistola al corazón de Tosca, le dijo:

—Te voy a mandar a encontrarte con tu amante...

Pero Tosca no había esperado a escuchar aquellas palabras. Con un salto ágil se había subido al pretil de la plataforma y, desafiando a sus enemigos con una mirada de odio y de triunfo, con una mirada de orgullo y desprecio, con una mirada en la que brillaban la luz del sol naciente y la esperanza de hallar en el más allá la luz de aquellos ojos que le habían que-

rído arrebatado, les dijo con un grito heroico:

—¡Me voy yo sola!... ¡Canallas!

Y, antes de que nadie pudiera impedirlo, se dejó caer en el vacío.

Se precipitaron al pretil los guardias y oficiales y atisbaron desde lo alto de la gran torre del castillo, desde donde se dominaba una plaza soberbia: toda la campiña romana regada por el Tíber, que se deslizaba plácida, como

una cinta de plata a la luz temblorosa de la mañana... Y allí abajo, al pie de la muralla, cara al cielo, se distinguía apenas el blanco, diluido en la luz del amanecer, del rostro de Tosca, como una florecilla maravillosa que hubiera florecido de pronto de las raíces más recónditas y misteriosas de la tierra.

F I N

Canzones que interpreta IMPERIO ARGENTINA en esta película

DEJAR DE AMARTE

Dejar de amar por no llorar,
dulce amor mío, ¿quién lo podrá?
Sí, dilo para olvidar.
Dejar de amar por no llorar,
dulce amor mío,
dulce amor mío, ¿quién lo podrá?
Ah cuando me apenas
con dadas codernas,
no quiero dejarte
jamás de adorar,
sí, sí.
No quiero dejarte de amar,
¡ah, sí! ¡ah, sí!
jamás de adorar.
Dejar de amar por no llorar,
dulce amor mío, ¿quién lo podrá?
Sí, dilo para olvidar.

Dejar de amar por no llorar,
dulce amor mío,
dulce amor mío, ¿quién lo podrá?

(Giordano Giannelli.)

MI DULCE BIEN

Lejos de ti, mi dulce bien,
vivir no puedo.
Lejos de ti, ya sin tu amor,
vivir no sé.
Amante y fiel mi corazón,
no merecía tan cruel dolor.
Cese, por Dios, tanto rigor,
tanto rigor.
Con ilusión te di mi fe
y sin tu amor me moriré.

(Gasparrini.)



